

SERVICIO
SECRETO

SS

TODOS LOS MESES EN GRECIA

Lou Carrigan

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS



Cuando entró en su diminuto despacho, Arnold estaba ya allí, siempre tan madrugador, tan puntual. Aunque no más que Winston Ettinger, ya que, en opinión de éste, llegar antes de la hora no es ser más puntual que quien llega exactamente a la hora de iniciar el trabajo. Más madrugador, bueno; pero no más puntual.

Arnold le miró, sonriente su cara pecosa de buen muchacho deportista, sano y divertido.

—¡Hola, Winston!

—Buenos días, Arnold. Repugnante día, ¿verdad?

—Hombre, no tanto... ¡Estamos en primavera!



Lou Carrigan

Todos los meses en Grecia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1541

ePub r1.1

Lds 24.01.19

Título original: *Todos los meses en Grecia*

Lou Carrigan, 1980

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



ESTE ES EL FINAL (1)

Ya era el cuarto mes que Winston Ettinger viajaba a Grecia, y, a decir verdad, el asunto comenzaba a fastidiarle enormemente.

Y a impacientarle.

Al principio, todo un veterano, seguro de sí mismo, inalterable como buen británico y además agente secreto, había aceptado la situación. Incluso con dignidad. A fin de cuentas, tampoco parecía tan malo el asunto: pasaba tres semanas en Londres, y a la cuarta semana viajaba a Grecia; concretamente, a Atenas.

El primer mes estuvo bien... Es decir, la primera semana que pasó en Atenas después de «aquello». Y esto porque, cuando regresó a Londres, todavía pudo hacer su vida más o menos normal en la capital británica.

El segundo mes, ya regresó bastante mosqueado de Atenas, y la vida más o menos normal en Londres comenzó a parecerle un tanto vacía.

El tercer mes regresó ya decididamente irritado, aunque, eso sí, su flema británica persistió. ¡Estaría bueno que él, Winston Ettinger, demostrase ser más emocional de lo que podía permitirse!

Pero ahora, cuando por cuarta vez viajaba a Grecia, como cada mes desde hacía ya cuatro, Winston Ettinger se sentía enormemente fastidiado. Claro está, sabía muy bien lo que le esperaba en Grecia durante aquella semana de permanencia en la capital griega. Vale. Nada que oponer a lo que le esperaba en Grecia, en Atenas. Lo malo sería luego, a la vuelta una vez más a Londres... Pues bien: no.

No estaba dispuesto a seguir aceptando aquella situación, de modo que expondría su decisión al respecto. En cuanto llegase a Atenas, lo primero que haría, antes que nada, sería exponer su decisión.

Mejor dicho: iba a presentar un ultimátum.

Nada de hacer más viajesitos a Grecia; nada de ir todos los meses a Grecia. Se acabó. Un ultimátum, y en paz.

Y mientras Winston Ettinger volaba a Grecia, como cada mes, recordó cómo había empezado todo aquello, cuatro meses antes, cuando una mañana, al llegar a Whitehall y entrar en su diminuto despacho...

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando entró en su diminuto despacho, Arnold estaba ya allí, siempre tan madrugador, tan puntual. Aunque no más que Winston Ettinger, ya que, en opinión de éste, llegar antes de la hora no es ser más puntual que quien llega exactamente a la hora de iniciar el trabajo. Más madrugador, bueno; pero no más puntual.

Arnold le miró, sonriente su cara pecosa de buen muchacho deportista, sano y divertido.

—¡Hola, Winston!

—Buenos días, Arnold. Repugnante día, ¿verdad?

—Hombre, no tanto... ¡Estamos en primavera!

Winston Ettinger frunció el ceño. ¿En primavera? ¿Ya? ¿De veras? Bueno, al parecer Arnold se había percatado de ello, pero no él. Ni el clima londinense. Aunque, bien mirado, y ahora que recordaba, sí, había visto algunos brotes de nueva vida vegetal y floral. Hermosa definición: vida vegetal y floral.

—Pues es cierto —tuvo que admitir—. Esperemos que cambie pronto el tiempo. ¿Qué tenemos hoy?

—El jefe quiere verte. Enseguida.

—¿Ya ha llegado él también?

—Si no hubiese llegado, no habría podido llamar a nuestra suntuosa oficina para decir que quería verte.

Winston Ettinger alzó majestuosamente el dedo índice, hizo un gesto de admiración y asentimiento ante lo inobjetable de las palabras de su compañero, y, sin más, abandonó su «suntuosa oficina».

Dos minutos más tarde, entraba en el despacho de su jefe, uno de los siempre misteriosos e incontrolables personajes directores del Servicio Secreto de Su Majestad.

—Buenos días, señor.

Apoltronado en su verdaderamente confortable y mullido sillón giratorio tras la mesa de su, en verdad, casi suntuoso despacho, míster Garrison contempló especulativamente a Ettinger tras los cristales de sus gafas de gruesa montura de concha. Asintió, como dándose la razón a sí mismo, y señaló una butaca ante su mesa.

—Buenos días, Winston. Siéntese, por favor.

—Gracias, señor.

Winston Ettinger se sentó, subiendo cuidadosamente su pantalón, para evitar las rodilleras. Míster Garrison continuaba observándolo con aquella perspicacia que tan bien conocían sus hombres. Era un viejo zorro del espionaje, y esto, lógicamente, resultaba más que satisfactorio para quienes debían obedecer sus órdenes. Míster Garrison medía poco más de metro setenta, era gordito y sonrosado, de modales suaves; nada del otro mundo en cuanto al físico. Pero un enemigo peligroso cuando se trataba de utilizar el cerebro.

Winston Ettinger no se parecía en nada a míster Garrison en cuanto al físico; medía metro ochenta y dos, era esbelto pero sólidamente musculado, tirando a rubio, ojos grises, mentón fuerte y labios delgados, siempre en una mueca de lo más inexpresiva. Atractivo, eso sí. Y con otras dos cualidades que míster Garrison conocía a la perfección: era valiente e inteligente. No se podía pedir más.

—Usted habla ruso, Winston.

—Sí, señor. Entre otros idiomas, señor, si me permite recordárselo.

—Me interesa el ruso. Tiene que ir usted a Atenas.

Winston no se alteró. Podía haber dicho, delicadamente, con fino humor británico, que no sabía que en Atenas hubiesen cambiado el idioma oficial griego, pero se abstuvo de comentario alguno. Simplemente, continuó mirando a Garrison, a la espera de más información.

Garrison encendió uno de aquellos cortos cigarros aromáticos, que parecían formar parte de su personalidad, tras ofrecer a Winston, que rechazó con un gesto amable.

—Tenemos un serio problema en Atenas, Winston. Al parecer, uno de los nuestros allá ha matado a un agente de la Cía y a otro de

la MVD.

—¿Por qué? —Ni se alteró Winston.

—Ni idea.

—¿No lo ha dicho nuestro hombre, señor?

—Nuestro hombre ha desaparecido. —Garrison tomó una carpeta de sobre la mesa, sacó de ella una fotografía tamaño holandesa, y la tendió a Winston—. Ahí lo tiene: Richard Tower, destinado en Grecia desde hacía casi dos años. Ahora mata a un agente americano y a un agente ruso, y desaparece.

Winston miró el rostro de su colega y compatriota, el agente británico Richard Tower.

Unos treinta y cinco años, rubio, ojos azules, atractivo... Visto. Devolvió la foto a Garrison.

—¿Tenemos la certeza de que Tower ha hecho eso, señor?

—La certeza directa y personal, no, puesto que el único que podría proporcionarnos eso sería Richard y éste, como le digo, ha desaparecido. Pero los rusos y los americanos no han desaparecido, por desgracia. Allí están. Y unos y otros nos han enviado un furiosísimo comunicado pidiéndonos explicaciones. Exigen que les digamos por qué uno de los nuestros ha hecho eso.

—¿Y cómo ha hecho eso Richard Tower, señor?

—Tengo una versión... «oficial» sobre los hechos que...

—¿Quién ha presentado esa versión?

—Los rusos y los americanos, naturalmente, puesto que nosotros nada sabemos.

—¡Ah!

Garrison se permitió una sonrisa.

—Yo me inclinaría a creer esa versión, Winston. Sería una estupidez que los rusos y los americanos pretendieran colocarnos un cuento chino al respecto.

—Seguramente. ¿Cuál es esa versión?

Míster Garrison retiró un par de folios mecanografiados de la misma carpeta, les echó un vistazo, pensativo, y los dejó a un lado, moviendo la cabeza.

—El agente americano se llamaba Albert Foreman; el ruso, Igor Kaulof. Ya sabe: agentes corrientes, más conocidos que la torre inclinada de Pisa..., o que la estatua de la Libertad...

—O la del almirante Nelson, señor —sugirió Winston.

—O la del almirante Nelson —asintió Garrison—. Bien, eran agentes corrientes, según informan tanto la CIA como la MVD. De los que llamamos «tolerables», o sea de los que hacen pequeñas cosas... Nuestro hombre, Richard Tower, también era de éstos. Con seguridad, él también conocía al ruso y al americano.

—Es lógico.

—Sí. Bien, éstos son los hechos, la versión presentada por rusos y americanos: Richard Tower, hace dos días, subió a una lancha que le estaba esperando en el puerto deportivo de Zéa, en El Pireo. En esa lancha había dos hombres que, evidentemente, le estaban esperando. Albert Foreman e Igor Kaulof, según parece, consiguieron allí mismo una lancha, y zarparon en pos de Tower y los dos hombres que le habían estado esperando. Esa lancha a la que subió Tower llevaba el nombre de *Eolo*. La que... requisaron temporalmente el americano y el ruso en el puerto deportivo de Zéa para seguir a la *Eolo* lleva el nombre de *Patakinos*. Muy bien, la *Eolo* zarpa, y la *Patakinos* zarpa a los pocos segundos en su persecución. La *Eolo* se dirige directamente hacia el Sur, al parecer hacia la isla Egina; entre esta isla y el puerto de El Pireo hay unas veinte millas. Igor Kaulof y Albert Foreman utilizan, ambos, sus radios de bolsillo, y cada uno de ellos comunica a sus compañeros de Atenas lo que están haciendo: siguen al británico Richard Tower, que, al parecer, se dirige hacia Egina. Como es natural, los compañeros de Kaulof y de Foreman se mantienen en contacto, esperando más información...

—Más información, ¿sobre qué? ¿Por qué seguían el ruso y el americano a nuestro hombre? ¿Lo sabemos?

—Sí. Según parece, nuestro hombre estaba últimamente realizando contactos con personas que, aparentemente, no pertenecen a la profesión. Lo cual llamó la atención de Kaulof y de Foreman. Coincidieron en la vigilancia sobre Richard Tower, parece que llegaron a un acuerdo, y se unieron para tener controlado a Tower; eso es, al menos, lo que nos han dicho la CIA y la MVD. Lamentablemente, esas personas con las que estuvo relacionándose Tower no han podido ser localizadas, ni tan siquiera identificadas..., por el momento. Pero eso fue lo que movilizó a Foreman y a Kaulof en pos de Tower. Bien, estábamos en que las dos lanchas navegan desde el puerto de Atenas, El Pireo, hacia el

Sur, al parecer hacia Egina; ambos agentes informan a sus compañeros, que permanecen en contacto... Y de pronto, cuando las dos lanchas están a unas diez millas al sur de El Pireo, aparece un helicóptero muy veloz, que se acerca a ambas lanchas. Desde la *Eolo* hacen señas al helicóptero, el cual se dirige entonces hacia la *Patakinos*. Y, en cuanto la tiene a tiro, la ametralla...

—¿Quién informó eso? ¿Cómo lo saben los americanos y los rusos?

—Lo saben porque, naturalmente, Foreman y Kaulof lo informaron por la radio. Dijeron que habían visto perfectamente con los prismáticos cómo Richard Tower hacía señas al helicóptero en dirección a la *Patakinos*, y poniendo el pulgar hacia abajo, como los emperadores romanos. El helicóptero vuela hacia la *Patakinos*, y la ametralla. Kaulof y Foreman tienen tiempo de informar de esto..., y de nada más. Un par de horas más tarde, la *Patakinos* es hallada por hombres de la CIA y de la MVD, flotando en el estrecho de Saromkos, es decir, en efecto, entre El Pireo y la isla de Egina. La lancha está destrozada a balazos. Y en ella, los cadáveres de Foreman y Kaulof, machacados a balazos asimismo. Los rusos recogen su muerto, los americanos el suyo... y poco después sabemos que una patrullera griega remolcó a El Pireo la lancha acribillada que había sido robada en Zéa.

Fin.

—¿Qué dicen a todo esto los demás agentes nuestros destinados en Atenas?

—No dicen nada, porque en cuanto tuvimos noticia de lo sucedido tomamos una primera medida urgente que nos pareció la más adecuada, dadas las circunstancias: dos de los nuestros fueron al apartamento de Richard Tower, recogieron todo lo que tenía allí, y abandonaron Atenas inmediatamente; el resto de los hombres hicieron lo mismo. No queremos complicaciones.

—Me parece prudente —murmuró Winston—. Supongo que tendremos que encontrar a Richard Tower, señor.

—Ésa es la idea. He pensado en usted para que vaya a Grecia a ver cómo están las cosas. Es más que posible que tenga que relacionarse con los americanos y los rusos.

Tenga mucho tacto, Winston.

—Sí, señor. Pero... Bien, voy a Grecia, y... ¿qué hago?

—Tenemos algunas teclas para tocar en este piano —dijo el veterano Garrison—, y creí que usted ya las habría detectado.

—Sí, señor: el apartamento de Tower puede ser registrado más a fondo, podemos echar una mirada también a los del ruso y el americano, sabemos que un helicóptero armado puede tener su base en la isla de Egina, y tenemos dos lanchas, la *Patakinos*, que está bajo custodia de la policía griega, y la *Eolo*, en la cual fue visto por última vez Richard Tower con dos sujetos desconocidos... Parece mucho, pero yo no confiaría demasiado en esas teclas, señor.

—Pues no tenemos otras —sonrió Garrison.

—Además, la *Eolo* debe haber sido ya localizada por los americanos y los rusos, y ambos bandos deben haber tomado sus medidas al respecto...

—La *Eolo*, como nuestro Richard Tower, ha desaparecido.

—Pero se puede localizar a su propietario por medio de la matrícula que...

—No existe ninguna lancha llamada *Eolo* matriculada en Grecia. Sólo un yate.

—Lo que significa que esa lancha estaba utilizando un nombre falso.

—Evidentemente.

—Pues estamos listos... Y otra cosa. Se podría pensar que, de ser cierto todo cuanto usted me ha contado, Richard Tower preparó el asesinato de Foreman y Kaulof: se dio cuenta de que lo estaban vigilando, avisó a aquellos dos hombres, éstos le dijeron que fuera a El Pireo y que buscara en Zéa la lancha *Eolo*, lo recogieron, llamaron al helicóptero cuando Kaulof y Foreman los seguían..., y los liquidaron. Y todo ello, asegurándose de que si alguien veía la lancha solo sabría de ella el nombre falso que ellos habían colocado sobre el auténtico.

—Eso parece perfectamente factible —asintió Garrison.

—Pues no tenemos la cosa nada fácil, señor.

—No. Por eso va usted y no uno de nuestros agentes corrientes. —¿Saben los rusos y los americanos que yo voy a Atenas?—. Pues estaba pensando en... Un momento.

Había sonado el teléfono. Es decir, uno de los teléfonos que había sobre la mesa de Garrison. Éste atendió la llamada, y estuvo escuchando durante un par de minutos sin intercalar más que algún

que otro monosílabo. Winston Ettinger se dio cuenta perfectamente de que el rostro del jefe parecía ir adquiriendo una coloración verdosa que podía expresar una fría y profunda ira. Colgó de un golpetazo, y miró a Winston con expresión todavía iracunda.

—Más noticias sobre el asunto —masculló—. Los americanos han enviado otro comunicado: dicen que se han enterado de que las personas con las que Richard Tower se estaba relacionando, esas personas ajenas al espionaje, eran ciudadanos soviéticos..., y quieren saber qué tenía que tratar Richard Tower con ciudadanos soviéticos.

—Pero nosotros no lo sabemos.

—No. Sólo lo sabremos si encontramos a Tower.

—¿Y los rusos? ¿Tampoco los rusos lo saben?

—Si lo saben, no lo han admitido.

—Ya estamos bailando con doña Mentira —masculló Winston—; nadie dirá la verdad a partir de ahora.

—Me temo que así será, Winston —suspiró Garrison—. O sea, que el hecho de que nuestros colegas rusos y americanos sepan o no que usted llega, carece de importancia. Yo estaba pensando antes en que sería conveniente que sí lo supieran, y que usted hiciese de... relaciones públicas en directo, prescindiendo del intercambio de notas entre nosotros, la CIA y la MVD. Los contactos personales a veces dan buenos resultados.

—No siempre, señor: Kaulof y Foreman están muertos. Y como consecuencia, los americanos y los rusos están muy enfadados con nosotros.

—De acuerdo —asintió Garrison—; no informaremos de su llegada a Atenas, Winston.

CAPÍTULO II

Winston Ettinger llegó aquella misma tarde a Grecia, en un vuelo directo entre los aeropuertos de Heathrow, en Londres, y Ellinikon, en Atenas. Por supuesto, en una línea aérea regular, como un viajero cualquiera.

También como un pasajero cualquiera se trasladó desde Ellinikon al centro de Atenas, en uno de los coches de la línea aérea en la que había realizado el viaje.

Y ya en el centro de Atenas, el agente británico se dirigió a pie, y asegurándose de que no era seguido, hacia un pequeño y caduco hotel que conocía de otras veces que había estado en la capital griega, haciendo pequeños trabajos. El hotel en cuestión estaba en la calle Apollonos, muy cerca de Mitropoleos y de la plaza Syntagma. Era un buen lugar, pero un discreto hotel, casi malo.

A todo esto debían ser las cinco de la tarde. Hacia las cinco y media, Winston Ettinger, alto, casi rubio, atlético, atractivo, salió del hotel como dispuesto a pasarlo lo mejor posible en Atenas.

Pero, cerca de las siete, cuando ya casi era de noche, el agente británico no se estaba divirtiendo: estaba en la calle Alopekis, cerca del cruce con la Ploutarchou, mirando el edificio donde el desaparecido Richard Tower tenía su apartamento, y en el que, según se le había informado a Winston, sus compañeros de Atenas habían hecho una requisa total de las pertenencias comprometedoras de Tower.

Pero Winston Ettinger no tenía por qué aceptar el trabajo de los demás. ¿Realmente sus compañeros se lo habían llevado todo? ¿O quizá por las prisas o la ineficacia se habían dejado algo, alguna pista que pudiera encauzarlo a él en dirección a Richard Tower?

Esto, claro está, suponiendo que Tower continuara con vida, lo

que no era muy seguro. ¿Acaso no podía temerse que los americanos o los rusos lo hubieran encontrado ya y se lo hubieran llevado a Estados Unidos o Rusia sin decir nada, sin sincerarse unos con otros?

Bueno, podían haber pasado o estar pasando tantas cosas que más valía no calentarse la cabeza.

Estaba ante el apartamento de Richard Tower, y eso era todo lo que tenía Winston Ettinger por el momento.

Así pues, allá fue. Entró en el edificio, subió dos pisos, buscó la puerta, y se detuvo ante ella.

Y ya que estaba allí, no habían vacilaciones. Extrajo la ganzúa que ya previamente se había procurado, hurgó en la cerradura no más de diez o doce segundos, forzó el mecanismo, empujó la puerta y entró.

Cuando cerró la puerta tras él se encontró completamente a oscuras. Bueno, esto era sencillo de solucionar: sólo tenía que localizar el interruptor de la luz, y encender ésta. Así lo hizo, con toda tranquilidad. ¿Que había alguien vigilando en la calle, y lo había visto entrar en el edificio, y ahora veía luz en el apartamento de Richard Tower? Pues tanto gusto, amigo, yo soy Ettinger, británico, ¿y usted?

Porque si algo tenía por seguro Winston era que ni los rusos ni los americanos le iban a matar, sin más explicaciones. En cuanto a que anduviese por allí el propio Tower, ni suponerlo siquiera. Y si estaba..., ¿mataría también a un agente británico? A este respecto sólo una duda tenía Winston: que Tower no le conocía, y podía pensar que él era ruso o americano...

El apartamento de Tower: un pequeño recibidor, una salita de estar agradable pero un tanto descuidada, dos dormitorios, una cocina que parecía de juguete con una ventanuca que daba a un patio interior, y un cuarto de baño, por llamarlo de alguna manera. A fin de cuentas, casi nunca es cierto que los espías vivan espléndidamente, en ninguna parte del mundo. Más bien, mueren miserablemente.

En la salita había algunos libros en inglés. En el armario todavía quedaban algunas ropas de Richard Tower... Y esto era todo lo que parecía quedar allí del paso del agente británico que había asesinado a un ruso y a un americano.

Winston se colocó un cigarrillo en los labios, y dio otra vuelta, más detenidamente, por el apartamento, mirando a todos lados. Miró detrás de un par de cuadros, metió la mano en el depósito del inodoro, que estaba visible encima de éste, miró dentro de la cocina de gas, sacó y hojeó los libros, contempló especulativamente el tocadiscos de segunda mano...

No.

Si realmente Tower se había percatado, finalmente, de que Kaulof y Foreman lo seguían, debía haberse llevado cualquier cosa que fuese importante. Podía dejarse ropas, pues si salía con ellas podía alertar a sus vigilantes. Y podía dejarse libros, tocadiscos, discos y hasta el cepillo de dientes. Incluso, algunas cosas de su trabajo con el MI 5. Pero no se dejaría nada que pudiera revelar qué demonios había estado haciendo al margen de su cometido dentro del servicio secreto británico.

Es decir, si había algo que interesó a Winston Ettinger: una colección de discos de

45 r

. p. m. con lecciones de ruso..., lo que indicaba que Tower había dedicado últimamente algún tiempo a aprender ese idioma. Ettinger colocó un disco en el plato, y puso en marcha el aparato. Sonrió al escuchar el sistema didáctico, siempre tan sencillo^ casi infantil al principio... Dentro del apartamento, la voz de un ruso nativo iba explicando el sistema alfabético y componía sencillas palabras.

Bueno, Tower había estado aprendiendo ruso... ¿Y qué? El también lo había aprendido, tiempo atrás.

Detuvo la marcha del aparato. Todo quedó en silencio.

Winston se dejó caer en un sillón, y quedó con la cabeza ligeramente ladeada, pensativo. Sobre él había una fea lámpara de cuatro globos; dentro de cada uno, lógicamente, había una bombilla. Pero sólo tres bombillas estaban encendidas; la otra debía estar fundida.

El agente británico se quedó mirando largamente el globo que contenía la bombilla fundida. De pronto, se puso en pie, acercó una silla, y se subió a ella. Tres tornillitos sujetaban el globo a su base. Los aflojó, retiró el globo, y apretó un poco más la bombilla, pues podía estar floja... Pero no estaba floja, sino completamente apretada. Ettinger veía el filamento de la bombilla. Estaba completo

e íntegro. No había razón aparente alguna para que aquella bombilla no se encendiese.

Tiró el globo sobre el sofá, cuidadosamente, inclinándose. Luego desenroscó la bombilla, la sacó..., y cuando la estaba retirando, una pequeña cosa negra y brillante apareció del interior del portalámparas y cayó hacia el suelo.

Winston fue tan rápido que casi cogió al vuelo aquella pequeña cosa. Podía identificar algo así a mil millones de millas: un microfilme.

Conteniendo una exclamación, Winston saltó de la silla, se olvidó de todo y recogió el microfilme. Lo puso al trasluz, pero era tan decididamente pequeño que no pudo distinguir nada a simple vista dentro de los diminutos cuadritos.

Estaba tan absorto en su intento de distinguir algo del microfilme tan ajeno a todo cuanto le rodeaba, que no sólo no pudo ver a la mujer que apareció por detrás de él en la puerta de la salita, sino que ni siquiera percibió la señal de alarma de su sexto sentido. Por mil sentidos que hubiera tenido, todos se habrían centrado en aquel momento en el microfilme...

—Quédese como está —oyó en ruso la voz femenina.

Winston Ettinger se quedó como estaba. No habría podido moverse aunque hubiera querido, tal fue la sorpresa, más bien *shock*, que experimentó. Así que permaneció con las manos en alto sosteniendo el microfilme, la cabeza alzada, los párpados ajustados como queriendo concentrar el poder de visión de los ojos...

—¿Me ha entendido? —preguntó la mujer—. Si entiende el ruso mueva sólo un dedo pulgar.

Ettinger movió el pulgar derecho.

—Muy bien. Ahora sostenga el microfilme solo con la mano derecha, en alto; baje la izquierda, agarre con dos dedos la base de la culata de la pistola que lleva en la axila de ese lado, sáquela, y déjela caer al suelo. Luego dé dos pas...

El agente británico siempre había dicho que la mayoría de las personas hablan demasiado. Y al hablar, pierden un poco el equilibrio y control de la situación. Era algo levísimo, pero que un espía bien entrenado podía aprovechar en su beneficio.

Y quiso hacerlo.

Todavía estaba hablando la mujer cuando él giró

velocísimamente hacia donde sonaba su voz, y...

... Y vio, por un instante, como si todo se hubiera iluminado con un brevísimo relámpago, el rostro de la muchacha rubia, sus ojos verdes, su boca sonrosada... Pero vio todo esto no donde él esperaba verlo, sino un poco más a su derecha, pues ella se estaba desplazando también..., y bajando la mano derecha, con fuerza.

Winston Ettinger quiso proteger su cabeza del golpe, pero llegó tarde. Recibió el impacto del arma sobre el parietal izquierdo, retrocedió tambaleándose, llevó la mano derecha a la axila izquierda, tocó la pistola... El puntapié en sus genitales fue tremendo. Emitió un berrido, saltó increíblemente, se encogió en el aire, y cayó convertido en una pelota de carne y hueso..., y sin sentido.

* * *

—¿Su permiso de conducir británico es auténtico?

Las palabras llegaron como en oleadas que subían y bajaban hasta sus oídos. Sacudió la cabeza, estiró los párpados, parpadeó varias veces...

Entonces la vio.

La vio completa y perfectamente.

Era rubia, en efecto, y tenía los ojos verdes, magníficos, y una preciosa boquita sonrosada. Le calculó unos veinticinco años... Era bellísima. Llevaba un vestido completo de primavera, de color azul pálido, y zapatos de tacón alto del mismo color que el vestido. Estaba sentada frente a él en un sillón, sostenía en su diestra la pequeña pistola con la que le había golpeado, y le miraba fijamente.

¿Qué había preguntado...? Ah, sí.

—Sí, es auténtico —masculló Winston, hablando ahora en inglés, como la muchacha rubia.

—Por lo tanto, usted es británico.

—Sí.

—Eso es mentira. Si fuese británico, habría avisado de que llegaba para atender este asunto.

—¿Avisar? ¿A quién demonios tenía que avisar?

—A nosotros, los rusos. O por lo menos, a los americanos.

—¿Es usted rusa?

La muchacha sonrió, y ladeó la cabeza, con un gesto simpáticamente cómico.

—¿A usted qué le parece? —preguntó.

Winston se llevó una mano a la frente, y lanzó una maldición al rozar con sus dedos el chichón. Y de pronto, Winston recordó el otro golpe que había recibido, y sus ojos se desorbitaron. Puso las manos en los brazos del sillón, se incorporó un poco, y emitió un gemido.

—Dios bendito... —jadeó.

—Cabe la posibilidad de que nunca más pueda usted tener hijos, señor Ettinger —dijo la muchacha rubia—. Y ya será mucho si ha quedado en condiciones de realizar el acto sexual. Pero está usted vivo, y eso, considerando el susto que me dio al atacarme, ya es mucho, créame.

—Pudo haberme matado —graznó Winston.

—La culpa habría sido de usted. ¿O no?

El británico entornó los párpados, farfulló algo, y volvió a tocarse la frente.

—¿Dónde está el microfilme? —inquirió.

—¿Quiere verlo?

—Quiero que me lo devuelva. ¿De dónde demonios salió usted?

—No salí —casi rió la rusa—; entré. Entré por la puerta pocos minutos después que usted. Pero estaba tan ocupado que no se dio cuenta.

—Es usted toda una gatita, ¿eh? Supongo que es de la MVD.

—Esa pregunta implica que usted es del MI 5. ¿Sí?

—Claro.

—No le comprendo —movió la cabeza la rusa—. ¿Por qué no nos avisó de que venía? Está claro que ha sido designado para buscar una explicación al asunto de Richard Tower, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y por qué no quiso avisarnos? O a los americanos... ¿Se cree usted superior a nosotros y a los americanos?

—No sé si soy superior —replicó mordazmente Winston—, pero lo cierto es que yo he encontrado un micro— filme que ustedes, los rusos, y los americanos, no supieron encontrar.

—Bueno, lo mismo les pasó a sus colegas del MI 5 que vinieron a recoger las cosas de Tower, señor Ettinger. Y eran tan británicos

como usted. Tuvo usted suerte, eso es todo. Estas cosas pasan con frecuencia. Por ejemplo, a usted se le cae una moneda al suelo, y no la ve por más que busca; en ese momento, pasa por su lado otra persona cualquiera, y ve la moneda enseguida. ¿Nunca le ha ocurrido?

—De acuerdo. Entonces, no se las dé de listo.

—¿Está usted sola aquí?

—Más o menos —sonrió la rubia.

—¿Y los americanos? ¿Dónde están, a qué se dedican?

—No tengo la menor idea.

—¡Vamos...!

—Le aseguro que no sé qué hacen ni qué están tramando los americanos. Pero sí sé lo que estamos haciendo o tramando los rusos queremos una explicación. ¿La ha traído usted de Londres, señor Ettinger?

—No.

—Le diré por qué le he golpeado. No sólo como protección personal, claro, sino porque no se me ocurrió que usted pudiese ser británico, ya que creíamos que todos habían desalojado Atenas, y hasta posiblemente, Grecia.

Así que pensé que era... otra pieza en este juego. En el rondo, tenía la esperanza de que fuese un amigo de Tower; pero no un amigo oficial, sino de los que lo han estado utilizando o alquilando para otras actividades. ¿Me comprende?

—Desde luego.

—Pero insiste en que es británico, y del MI 5.

—Sí.

—¿Y ha venido a meterse en este avispero sin traer esa explicación, señor Ettinger?

—Escuche, nena: yo he venido en busca de esa explicación.

—Ah... Sí, entiendo. En ese caso, quizá podamos trabajar juntos... ¿Está al corriente de todo?

—Estoy al corriente de todo lo que ustedes y los americanos nos dijeron por medio de sus exigentes comunicados.

—Entonces, más o menos sabemos lo mismo.

—Qué bien.

La muchacha sonrió, divertida.

—Espero que no sea usted demasiado rencoroso. Al fin y al

cabo, sólo ha sido un golpe y un puntapié.

—Seguramente me ha reventado los testículos. Por cierto, ¿puedo obtener su permiso para ir al lavabo?

—Puede ir —rió la rusa—. Y si decide escaparse, allá usted: me quedaré con su pistola, sus documentos, su dinero..., y el microfilme que usted tan inteligentemente ha encontrado. En cambio, si se toma las cosas con calma, y regresa, podrá recuperarlo todo y ver el microfilme. ¿Qué prefiere?

—¿De verdad está sola? ¿No hay más rusos aquí?

—En el apartamento, no.

—Ya, ya. Bueno, voy a... Ya sabe.

—Espero que no tenga dificultades.

Las dificultades comenzaron cuando Winston se puso en pie. Fue como si desde las ingles una corriente eléctrica dolorosísima se esparciera por todo su cuerpo. El británico palideció intensamente, y se agarró a un brazo de sillón.

—De verdad lo siento —murmuró la rusa.

Winston no contestó. Conteniendo dignamente cualquier gesto de dolor, e incluso consiguiendo caminar poco menos que normalmente, salió de la salita, hacia el cuarto de baño... Cuando regresó, la rusa estaba encendiendo dos cigarrillos. Esperó a que él, con gesto de alivio, se sentara de nuevo, y se acercó a ofrecerle uno. Winston la miró torvamente, pero tras mover la cabeza aceptó el cigarrillo.

—Gracias —masculó.

—¿Se encuentra mejor?

—Todo está entero..., me parece.

—Me alegro. ¿Quiere ver el microfilme?

—Me gustaría.

La rusa asintió, y se acercó a una mesita donde había un maletín o portafolios forrado de raso negro... Mientras ella caminaba, dándole la espalda, Ettinger vio, pasmado de asombro, su pistola, en un lado del asiento del sillón que había ocupado la rusa. ¡Cielos! ¿Cómo se podía ser tan descuidado?

El primer impulso de Winston Ettinger fue saltar hacia su pistola, empuñarla, y tomar el control de la situación. Pero apenas llegó a moverse un par de milímetros, y volvió a acomodarse en el sillón, para continuar fumando placenteramente. ¡La muy zorra...!

Ella se volvió, sosteniendo en una mano lo que parecían unos pequeños gemelos de teatro, y en la otra el diminuto microfilme. Su mirada, sonriente, fue hacia la pistola de Ettinger, y luego hacia éste.

—Felicidades, señor Ettinger —casi rió.

—¿Ya es Navidad? —Gruñó Winston.

—Lo digo porque no ha cometido usted la tontería de recuperar su pistola.

—¿De qué iba a servirme? Usted tiene el cargador, ¿no?

—En efecto. Me ha demostrado usted que es muy inteligente, pero todavía tengo la duda de si es o no es realmente el ciudadano británico Winston Ettinger. Por cierto, ¿es su nombre auténtico?

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Irina Poliakov. Tenga, mire el microfilme todo cuanto guste. No tenemos prisa, ¿verdad?

Se acercó, y lo dejó todo en el brazo del sillón. No parecía tener a mano su pistolita, pero Winston sentía ahora mucho más interés por el microfilme que por tomar el mando de la situación. Ya tendría ocasión de demostrarle a la rusa con quién se las estaba viendo. ¡Y pagaría cara aquella patada, por todos los demonios!

Con toda parsimonia, Ettinger se dedicó a mirar los fotogramas del microfilme, para lo cual sólo tuvo que introducir éste en la pequeña ranura de los gemelos de teatro, y ir presionándolo hacia abajo; cuando el extremo inferior apareció, tiró de él. Y así, uno a uno, fue viendo todos los fotogramas.

No dijo nada. Miró a la rusa, miró los prismáticos..., y volvió a pasar todo el microfilme, fotograma por foto grama: la tumba del rey David. El Museo Arqueológico. El Muro de las Lamentaciones. La mezquita de Aqsa. La iglesia del Santo Sepulcro. La casa del presidente. El Museo Nacional Belazel...

Terminó de verlo de nuevo todo, y miró a Irina Poliakov.

—Son fotografías de Jerusalén.

—Sí.

—¿Y qué significan?

—Curiosa pregunta, señor Ettinger. ¿Usted no lo sabe?

—¿Cómo voy a saberlo? Todo lo que sé es que, al parecer, Richard Tower estuvo en Jerusalén, y tomó fotografías, como cualquier otro turista.

—Richard Tower no es un turista.

—No..., no lo es.

—De modo que no fue a Jerusalén en viaje de turismo.

—Bueno..., supongo que no, pero...

—¿No se le ocurre a qué pudo ir, y qué significado tienen esas fotografías?

—No.

—¿Cree que sus jefes del MI 5 podrían saberlo?

—No, no lo creo. Me habrían hablado de ello.

—Quizá Tower estuvo hace tiempo en Jerusalén, y sus jefes no han relacionado aquel viaje con lo que ha ocurrido ahora en Atenas.

—Podría ser.

—¿Tiene usted medios para enterarse?

—No.

—Vamos, señor Ettinger... Estamos trabajando juntos, ¿no es cierto? Mire, puedo dejarlo aquí, marcharme, y usted habrá estado perdiendo el tiempo. O podemos seguir juntos, y sacar algo en claro... ¿Qué le parece mejor?

—Quizá consiguiera saber algo si pudiera disponer de un teléfono —gruñó Winston.

—¿Ha cenado ya?

—¿Yo? Claro que no.

—Le invito —sonrió Irina Poliakov—. Vamos, haga un esfuerzo, como antes, y camine solito. Le llevaré en coche a mi apartamento, y podrá llamar desde allí...

Winston miraba incrédulamente a Irina. De pronto, soltó una carcajada.

—¡Está usted fresca! —exclamó—. ¡Cielos, no me diga que está hablando en serio!

¡Llamar desde su teléfono...! ¡De risa, vamos!

—¿Prefiere que vayamos a un locutorio de la Telefónica griega?

—¡Naturalmente!

—¿Por qué?

—Mire, Poliakov, si hay algo que no pienso hacer es pasearme por toda Atenas escoltado por un montón de rusos. Y ello, por dos motivos fundamentales. Uno: si Tower estuviese aquí y me viera con ustedes, no se acercaría. Dos: de ninguna manera les daré la oportunidad de que conozcan ese número de teléfono. Y añadiré un

tercer motivo: no me da la gana de ir con ustedes.

Irina Poliakov lo miró fríamente, y señaló hacia la mesita, de la cual recogió su maletín.

—Aquí le dejo todas sus cosas, incluso el cargador de la pistola. Adiós, señor Ettinger.

Irina salió de la salita. Segundos después, Winston oía el batir de la puerta del apartamento. Estuvo escuchando unos segundos, pero no oyó nada más. Lanzó una maldición, corrió hacia la mesita, y recogió todas sus cosas, recogió de pasada la pistola, y salió disparado del apartamento.

Cuando salió a la calle Alopekis, todavía pudo ver la cabellera de la rubia rusa en el momento en que desaparecía dentro de un coche allí estacionado. Sintiendo mil dolores en su bajo vientre, el agente británico corrió hacia el coche, y llamó a la ventanilla derecha. Irina se inclinó, y bajó unos centímetros el cristal.

—¿Le falta algo, quizá, señor Ettinger?

—De acuerdo —masculló éste—; iré con usted.

CAPÍTULO III

Winston colgó el auricular, miró a Irina, y dijo:

—Tendremos que esperar.

—Lo supongo. ¿Le gusta el vino griego?

—No demasiado.

—Pues no hay otro. ¿Prefiere agua?

Winston empezaba a sentirse profundamente cabreado con la rusa, que siempre parecía tener como unas chispitas de burla en los verdes ojos. O casi siempre, porque de acuerdo en cuanto al británico le parecía advertir como una leve sombra de dureza... Pero no tenía por qué sorprenderse demasiado: Irina era una preciosa muchacha, pero también era una espía que estaba buscando al asesino o, cuando menos, al instigador del asesinato de un camarada.

—Beberé vino griego —gruñó.

—No debe tomárselo como si fuese una tragedia; después de todo, no es tan malo.

—No digo que sea malo; simplemente, no me gusta mucho.

—Espero que encuentre aquí algo que le guste. ¿Qué le parece mi apartamento?

Winston echó un rápido vistazo circular, y luego miró irónicamente a Irina.

—Precioso, si no fuera por todos los trucos que debe tener instalados en él.

—¿Cree que hemos intervenido su llamada, y que sabemos a qué número ha llamado? Pues no. No nos interesa. Es lógico que la persona que usted ha llamado sea sólo uno de los tres o cuatro intermediarios que cursarán el mensaje de ida y el de vuelta. ¿Qué ganaríamos molestando a un simple agente británico? Por otra

parte, le diré que no hay trucos en este apartamento, y que lo ocupo hace menos de veinticuatro horas.

—¿Quiere decir que usted no es una residente en Atenas?

—No. Fui llamada para hacerme cargo del asunto precisamente para evitar que mis camaradas residentes se dejen ver demasiado. No sabemos si su colega y compañero Tower puede seguir matando rusos, señor Ettinger.

Y quizá por la que los americanos también han desaparecido de escena..., al menos aparentemente.

Winston no podía creer lo que oía.

—De modo que vengo a Atenas pensando meterme de lleno en un enjambre de agentes rusos y americanos..., ¿y resulta que solamente está usted trabajando en esto?

—Visiblemente y por parte rusa, sí. No sé qué estarán haciendo los americanos. ¿Tiene alojamiento en Atenas?

—Sí.

—Ah.

Lo dejó solo en la pequeña salita. Winston volvió a mirar a todos lados, en busca de alguna señal que demostrara que Irina Poliakov le había mentado, pero no vio nada de eso. Encogió los hombros, y se acercó a la puerta que daba a la terraza. A través de los cristales pudo ver, a la izquierda, nada menos que la Acrópolis, y a la derecha el Jardín Nacional, como desdibujados por las luces de las avenidas Dionysiu Aeropaghitou y Leoforos Amalias respectivamente.

Sí, era un apartamento elegante, de clase. Muy discreto, a la vez. Los rusos estaban aprendiendo mucho. Aunque quizá se estaban confiando demasiado, en aquel asunto, si realmente dejaban que una mujer sola lo atendiera... Frunció el ceño. ¿Se estaba volviendo tonto? Si los rusos hacían esto era por algo, de eso no cabía duda.

Y por supuesto, debían tener mucha confianza en las posibilidades de Irina Poliakov. ¿Quizá porque era tan hermosa? ¿Eran tan tontos como para confiar en que, en los tiempos actuales, una espía bonita podía resolver los problemas con una sonrisa o haciendo obsequio de su sexo...? Bueno, pues no; los rusos no eran tontos, claro.

Oyó el taconeo de Irina, y se volvió.

—He estado pensando en el microfilme —dijo Irina, dejando una

bandeja sobre la mesa—. ¿Qué le parece si obtenemos unas copias, por supuesto ampliadas? Puedo llamar por la radio a unos compañeros que nos las proporcionarían en un par de horas.

—Es el tiempo mínimo que tardaremos en obtener respuesta a mi consulta —asintió Winston—. De acuerdo.

Ella recurrió a su radio de bolsillo, y comenzó a hablar en ruso. Ningún problema para Ettinger, que lo entendió todo, sin encontrar ningún significado oculto en las palabras de Irina. Cuando ésta terminó, Winston le ofreció uno de los vasos de vino que había llenado, y alzó el suyo.

—Por su supervivencia —brindó.

—Y por la suya —rió Irina.

Bebieron un poco de vino, y Ettinger alcanzó uno de los bocadillos. Los detestaba. Detestaba los bocadillos. Pero comió. No estaban mal. Y el vino, después de todo, no estaba nada mal.

Los rusos no tardaron más allá de cinco minutos. Irina fue a abrir, y regresó a la salita acompañada de dos sujetos altos, rubiales, de mirada clara, que contemplaron especulativamente a Winston, el cual fingió no verlos, y siguió cenando, imperturbable. Estaba dispuesto a ignorarlos completamente.

Casi dos horas y media más tarde, los dos rusos regresaron con las fotografías ampliadas. Irina había estado dormitando en el sofá, pero Winston tuvo la sensación de estar contemplando a una gatita que podía despertar completamente al menor signo de alarma. Por su parte, se había dedicado a pensar, y había llegado a una sabrosa conclusión. Pero primero quería ver las fotografías.

—¿Habéis visto en ellas algo especial? —preguntó Irina.

—No. Sólo son lo que parecen..., a menos que haya una clave complicadísima. No hay señales, ni nada sorprendente.

Irina le hizo una seña a Winston, y éste se acercó a mirar las fotografías al mismo tiempo que ella. Cuando las hubieron visto todas, cambiaron una mirada, y los dos movieron negativamente la cabeza.

—Tendremos que esperar su llamada telefónica, Ettinger.

—Esperaremos. ¿Pueden quedarse ellos? —señaló a los dos agentes soviéticos.

—¿Por qué?

—He tenido una idea. Pero antes tengo que saber qué responden

de Londres.

La llamada se produjo unos veinte minutos más tarde. Una voz preguntó en inglés por míster Ettinger, que se puso al aparato. Cuando colgó, Irina y los dos rusos ya sabían la respuesta.

—Lo siento —dijo Winston—. En Londres no saben nada de ese viaje de Richard Tower a Jerusalén. Ni de las fotografías, por supuesto.

—Quizá no fue Tower quien estuvo en Jerusalén y tomó las fotografías —sugirió Irina—. Podría ser que él se las hubiese quitado o comprado a otra persona. Pero sea como sea deben tener un significado; no es corriente que una persona vaya a Jerusalén a tomar microfotos de la ciudad.

—¿Puedo exponer mi idea? Está relacionada con eso, precisamente.

—Adelante, por favor.

—Tanto si las fotografías son de Tower, como si éste las quitó a alguien, parece que podemos pensar que tienen un significado, una relativa importancia. ¿Están de acuerdo?

—Parece que puede ser así —asintió Irina—. ¿Y...?

—Podemos poner un anuncio en algunos periódicos de Atenas. Claro está que podemos dedicar nuestros esfuerzos a buscar esa lancha de nombre falso *Eolo*, y hasta investigar quién tiene un helicóptero en Egina..., pero no perdemos nada poniendo un anuncio en los periódicos ofreciendo fotografías de Jerusalén.

—Señor Ettinger, ésa sí es una buena idea..., porque la del helicóptero no lo es tanto. Naturalmente, nos hemos estado interesando por eso, y si alguien tiene un helicóptero en la isla de Egina, lo tiene escondido, y, ciertamente, no está matriculado en Grecia.

—Entonces, nos quedan los periódicos, ¿no?

—Muy buena idea, sí. ¿Se encarga usted de eso?

—¿Yo? Estoy solo como un mico, no dispongo de recursos, ni de contactos. ¿Y ustedes? —Nosotros podemos hacer llegar ese anuncio a los periódicos para que salgan en la edición de la mañana. No hay problema.

—Entonces, sólo queda redactar el anuncio.

—Eso sí podrá hacerlo usted, ¿no?

Winston asintió. Irina le proporcionó papel y un bolígrafo. El

espía británico ni siquiera tuvo que meditar sobre el texto, que tenía bien claro en su mente. Escribió:

Vendo fotografías de hermosas vistas de Jerusalén.
Llamen al británico señor Ettinger en el Hotel Fidias,
teléfono 3226. 51.

Tendió el papel a Irina, que lo leyó rápidamente. Asintió, tendió el papel a sus camaradas, y dijo:

—Que se publique el texto en griego y en inglés. Y desde luego, tiene que salir por la mañana.

Ninguno de los dos rusos dijo nada. Simplemente, se fueron. Winston recogió las fotografías, las dobló, y las guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—¿Cuánto le parece que pida por ellas? —preguntó.

—No tengo ni idea —replicó Irina—. Pero desde luego tiene que pedir mucho. En el supuesto de que alguien le llame, tiene que recibir la impresión de que sabemos que están dispuestos a pagar una buena cantidad.

—¿Se da cuenta? ¡Si no fuese por mí, ustedes no tendrían en estos momentos ninguna pista!

—Es usted admirable, señor Ettinger. ¡Oh, cuánto le admiro!

—Buenas noches —masculló el británico.

—Espero que mañana esté usted completamente bien... de todo —rió Irina Poliakov.

Cuando se marchó a su hotel, Winston Ettinger pegó un tremendo portazo.

Y cuando, ya en un taxi, se dirigía hacia el Fidias, su decisión respecto a Irina Poliakov no había cambiado:

«Te meteré una patada en los ovarios que sacarás hasta el último aliento, Irina...».

¡Palabra de honor!

Porque, desde luego, a él no le avasallaba ninguna mujer.

* * *

La voz era de mujer, y hablaba en un inglés no demasiado

convinciente:

—¿Señor Ettinger?

Eran las diez menos unos minutos de la mañana. Sentado en una agrietada butaca junto al teléfono, Winston había estado esperando desde que, antes de las ocho, despertara. Y la llamada, por fin, se había producido. Aunque no había que cantar victoria todavía, ya que podía tratarse de una mujer que, en efecto, quisiera fotografías de Jerusalén, sin más complicaciones.

—Sí, soy yo. Dígame, señorita.

—Bueno, usted ha puesto un anuncio respecto a la venta de unas fotografías de Jerusalén... ¿Correcto?

—Desde luego.

—¿Son en color, señor?

—No. No, no... Son en blanco y negro, lo siento.

—Oh, no importa, no importa... Si son claras, siguen interesándome. ¿Cuánto pide por ellas?

—Cien mil.

—¿Dracmas?

—Dólares.

Al otro lado de la línea hubo un silencio tan prolongado que Ettinger llegó a pensar que la comunicación se había cortado. Pero no, no se había cortado.

—¿Señor Ettinger?

—Diga. Sigo aquí.

—Eso es mucho dinero... No es que esté discutiéndole el precio, comprenda, pero...

—Le aseguro que lo valen.

—Bien... Tengo que consultarlo. ¿Puedo volver a llamarle dentro de... treinta o cuarenta minutos?

—En ese tiempo puedo recibir otras ofertas, señorita.

—Sí, claro, comprendo. Pero si fuese tan amable...

—Esperaré treinta minutos. Si para entonces no me ha vuelto a llamar usted, consideraré que no le interesan.

—Oh, sí... Muy bien. ¡Gracias, señor Ettinger! Hasta luego.

—Hasta luego.

Colgó. Durante unos segundos quedó con la mano sobre el auricular del teléfono, mientras una dura sonrisa iba apareciendo en sus labios.

Se puso en pie, fue al armario, y sacó su maleta. Del doble fondo sacó el silenciador, que acopló el cañón de la pistola. Luego miró hacia el teléfono. ¿Debía llamar a Irina Poliakov? ¡Y un cuerno! ¿Qué debía estar haciendo la rusa? Frunció el ceño al pensar en ella.

«Es preciosa, la muy... ¡Pero de la patada no se escapa!».

Se sentó de nuevo, dando frente a la puerta de la habitación. Ciertamente, Irina Poliakov era preciosa. Winston Ettinger tenía los ojos de la espía rusa como grabados en su mente, era como si los estuviese viendo en todo momento.

«No me importaría nada acostarme con ella».

La boca también era preciosa, tan suave, ligeramente alzado el labio superior, sonrosada, tierna... Winston Ettinger cerró los ojos. Vio la boca de Irina Poliakov, y la de él acudiendo a su encuentro. Contacto. ¡Bouuumá! Algo tremendo.

«Debe tener unos pechos preciosos. Y me apuesto el bigote a que tiene unas piernas de sensación».

Sonrió. Podía apostarse el bigote por la sencilla razón de que él no llevaba bigote. De todos modos, lo poco que había visto de las piernas de la Poliakov era digno de verse. Ella era rubia. ¿Tendría también rubio el vello? Seguramente, sí. Rubio, ensortijado, denso, sedoso...

«Ni hablar. ¡Tu padre se va a enamorar de ti, nena!».

Pero cuando, diez minutos más tarde, oyó las tenues pisadas en el pasillo, todavía seguía pensando en Irina Poliakov..., cuya imagen, que había recorrido una y mil veces descubriendo sus desnudeces, se esfumó de pronto, desapareció.

Se irguió en el asiento.

Ya no oía las pisadas en el pasillo. ¿Se trataba de alguien que había entrado en otra habitación? Escuchó atentamente. No oyó ninguna puerta cerrándose, no oyó nada... Se puso en pie, y se dirigió sigilosamente hacia el pequeño cuarto de aseo. Miró la ducha... No. Bastaría el lavabo... No, la ducha, que haría mucho más ruido. Abrió el grifo, y el agua apareció, cayendo con cantarín rumor en la taza.

Acto seguido, Ettinger volvió a la habitación, y se tendió en el suelo, junto a la cama, lo más posible debajo de ésta. Desde la puerta no se le vería si alguien entraba, y en cambio, él vería los

pies del intruso..., si es que existía tal intruso.

El rumor del agua de la ducha también le impedía a él escuchar con la necesaria calidad los demás sonidos..., pero, de pronto, vio abrirse la puerta de la habitación. Aparecieron unos pies de hombre. Enseguida, otro par de pies. Dos hombres. La puerta fue cerrada... Los pies apuntaron hacia el cuarto de aseo, y comenzaron a desplazarse silenciosamente... Sólo se oía el rumor del agua de la ducha.

Ettinger esperó hasta que vio la parte posterior de los dos pares de zapatos. Entonces, se arrodilló junto a la cama, apoyó el codo de la mano armada en ésta, y sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda, fija su mirada en las espaldas de los dos hombres..., cada uno de los cuales empuñaba una pistola con silenciador.

—No se vuelvan, ni se muevan lo más mínimo.

Los dos hombres quedaron como clavados al suelo, tensos.

—Dejen caer las pistolas.

Pareció que no fuesen a reaccionar nunca. Pero uno de ellos dejó caer la pistola, que rebotó sonoramente en el suelo. El otro debía tener sus propias ideas respecto a la mentalidad de Winston Ettinger; sin duda pensó que, habiendo caído una pistola, la otra iba a seguir el mismo camino, se relajaría entonces, y...

Sin duda fue pensando en esto que el hombre creyó que podría sorprender a Ettinger, porque, en lugar de dejar caer la pistola, se revolvió velozmente, apuntando hacia donde había sonado la voz...

Plop, disparó Ettinger su arma.

El hombre recibió la bala en el centro del pecho, emitió un sordo bramido, y cayó de espaldas, mostrando en su blanca camisa el manchurrón rojo de la sangre. Quedó con medio cuerpo dentro del cuarto de aseo.

El otro había vacilado un instante, para dejarse caer de rodillas enseguida, su mano directamente sobre la pistola que había dejado caer antes. El truco con su compañero había fallado, y ahora él no tenía más remedio que...

Plop.

El balazo empujó al sujeto por un hombro, le hizo dar la vuelta, y dar de cara contra la pared, cerca de la puerta del cuarto de aseo. Rebotó, buscó con expresión desorbitada su pistola, y luego sus ojos saltones giraron hacia Winston, que continuaba en la misma

postura, en el mismo sitio, inalterable, mirándolo fríamente. El británico parecía de piedra. El otro, de pronto, emitió un gemido, y se llevó la mano sana al hombro herido, donde el tremendo boquete de la bala estaba dejando salir gran cantidad de sangre. —¿Entiende el inglés?— preguntó Winston.

—Sí... Sí.

—Entonces, es usted un imbécil.

El hombre parpadeó. Luego, pareció concentrarse en su propio dolor. Winston se disponía a ponerse en pie cuando sonó la llamada en la puerta, unos leves golpes.

Y enseguida la voz:

—¿Señor Ettinger?

—Pase, Irina.

Irina Poliakov entró en la habitación, seguida de los dos rubios camaradas de la MVD, que inmediatamente se hicieron cargo de la situación, recogiendo las pistolas de los dos intrusos.

—Ése está muerto —señaló Irina—. Vean de detener la hemorragia de ese otro.

—Estoy bien, gracias —dijo Winston, poniéndose en pie.

Irina le miró divertida.

—Era de suponer. No creo que Londres haya enviado a un desgraciado a resolver un asunto como éste. Está bien claro que usted los estaba esperando, señor Ettinger.

—¿Por qué está bien claro?

—Porque abrió el grifo de la ducha. —Irina señaló hacia el cuarto de aseo— y se escondió, para controlarlos por la espalda. Por lo tanto, sabía que iban a venir. ¿Cierto? —Me pareció que alguien vendría. Llamó una mujer interesándose por el precio, y me dijo si podía esperar media hora. Así que comprendí que iban a enviar a alguien a liquidarme.

—Sin embargo, usted no me llamó por teléfono... ¿O lo hizo usted, señor Ettinger?

—No.

—Entonces, ¿por qué nos reprocha que no hayamos venido a ayudarle?

—Aunque les hubiese llamado por teléfono, no habrían contestado, ya que estaban por aquí vigilando el hotel. ¿Temían que me escapase con las fotografías?

—Tenemos copias —rió Irina—. Lo que no tenemos son ganas de discutir. ¿Usted sí?

—No.

—Entonces, le diré que tengo junto a mi teléfono a otro camarada, de modo que si usted hubiese llamado pidiendo ayuda o bien para informar de algo, él lo habría hecho utilizando la radio de bolsillo que le comunica conmigo. ¿Algo más?

—Váyase en globo —masculló Ettinger.

Se acercó al herido, frente al cual estaban los dos rusos, registrándole uno y colocándole el otro dos pañuelos apretados directamente sobre la herida, tras romper la camisa y apartar la chaqueta. El ruso que registraba al herido tenía ya en una mano la billetera del sujeto que había muerto, y se volvió mostrando ambas a Irina. Winston se las arrebató de un manotazo.

El ruso miró a Irina, que sonrió de nuevo.

—Sacad al herido de aquí, con una chaqueta que no esté manchada de sangre. Me parece que el señor Ettinger nos prestará una. Llévadlo al coche, y esperadnos allí. Luego os ocuparéis de retirar el cadáver. No hay que comprometer al señor Ettinger.

Éste entregó las billeteras a Irina, que movió negativamente la cabeza.

—Me basta su palabra —casi rió—; ¿quiénes son?

—El muerto se llamaba Ferron, francés. El herido es griego; se llama Akipoulos.

—Creo que debería cerrar el grifo.

—¿Qué?

—La ducha.

Winston Ettinger enrojeció de furia. Luego, cableadísimo, fue al cuarto de aseo, cerró el grifo, y se miró al espejo que había encima del lavabo. Se le notaba demasiado que estaba cabreado.

«Te voy a dar la patada en cualquier momento».

Esperó unos segundos, hasta conseguir su habitual mueca tan británica. Entonces, salió. Irina estaba sola ahora... Es decir, con el cadáver, pero debía haber olvidado su presencia. Estaba mirando por la ventana, que daba a un patio interior oscuro.

—Orden cumplida —masculló Winston—; grifo cerrado, camarada jefe.

Ella se volvió, y se acercó a él. Ettinger ladeó la cabeza, porque

vio una nueva expresión en los verdes ojos de la espía rusa. Una expresión que, cuando ella se detuvo ante él, le llevó una sensación cosquilleante a todo el cuerpo.

—Ahora podría ser un inglés orgulloso muerto, señor Ettinger —susurró ella.

Winston pensó que era el momento de darle la patada allá donde se lo había prometido a sí mismo. Pero todavía sentía aquella sensación cosquilleante, cálida. Desvió la mirada de los ojos de Irina Poliakov, para mirar su boca sonrosada, fresca, húmeda...

Puso sus manos en la cintura femenina, y atrajo el cuerpo, que encontró tibio, pleno, turgente, contra el suyo.

Irina Poliakov se colgó de su cuello cuando él la besó en la boca..., y Winston Ettinger tuvo la impresión de que era la primera boca que le besaba de verdad.

CAPÍTULO IV

Los rubios compañeros de Irina se llamaban Alexei y Boris, lo que, al saberlo finalmente, dejó indiferente a Winston. Más o menos, era lo mismo que llamarse John y Charles en el Reino Unido. Pero, además de saber esto de los dos rusos, Winston supo que tenían auténtica mala uva. Y esto sí le desconcertó un poco, porque hasta entonces le habían parecido dos muchachotes serios y callados, pero razonablemente pacíficos.

Y no lo eran.

Con el coche, habían ido a un pequeño chalé cerca de Ellinikon, frente a la playa, desde el cual se oía de cuando en cuando el retumbar del paso de algún que otro avión. Por las ventanas de la fachada, se veía el mar. Precioso. El espectáculo en el interior del chalé no era precioso: el prisionero, ahora, no sólo sangraba por la herida del hombro, sino por la nariz y por la boca, debido a dos espantosas bofetadas que le había aplicado Alexei. Sin embargo, Boris todavía parecía más bestia que Alexei, porque regresó de la cocina con un martillo, y diciendo:

—Probemos con esto.

El lívido y ensangrentado Akipoulos miró con expresión desorbitada el martillo, sin comprender. Pero comprendió pronto; Alexei le sujetó la muñeca del brazo sano, y lo forzó de modo que la mano quedó extendida sobre la mesa.

Boris alzó el martillo.

La mirada de Akipoulos se desplazó aterrada hacia Irina, al parecer convencido de que una mujer tendría menos mala uva que sus compañeros. Pero Irina Poliakov sonrió angelicalmente, dio una chupada al cigarrillo que sostenía en una mano, y dijo:

—Se desmayará.

—Peor es una patada en los testículos —dijo Ettinger.

Akipoulos miraba aterrorizado de uno a otro personaje. No sólo le dolía horriblemente el hombro herido, y la cara, sino que sentía continuos vahídos. Sabía que, sin necesidad de más calamidades, ya estaba al borde del desmayo. Pero sabía también, tuvo que comprenderlo finalmente, que aquellas personas no le darían tregua hasta que les dijera lo que querían saber.

No tendrían piedad alguna.

—Esperen —jadeó—. ¡Esperen, esperen!

El martillo estaba ya bajando velozmente, pero Boris pudo desviarlo, descargando el tremendo golpe en la mesa, junto a la mano de Akipoulos, que lanzó un chillido y casi se desmayó del susto.

Winston lo asió por los cabellos, y le zarandeó la cabeza.

—Para ser un asesino, no tiene muchas agallas, Akipoulos. Claro, es más fácil matar que recibir unas cuantas bofetadas, ¿eh?

—Se lo diré —casi sollozó el griego—. ¡Se lo diré!

—Eso ya lo sabíamos. Muy bien; querían matarme, ¿no es eso?

—No, no... ¡Se lo juro, no! Solo..., sólo teníamos que..., que conseguir las fotografías. Nos dijeron que usted tenía..., tenía un microfilme y unas fotos, y teníamos que quitárselo todo.

—Ya. Y luego darme unas palmaditas en la espalda y desearme feliz estancia en Grecia, ¿no? ¡Cabritos de mierda...! ¿Quién los envió? ¿La mujer que me llamó por teléfono? —Pu... pues... No... Bueno, es que...

—El martillo —dijo Winston.

Boris lo alzó de nuevo, y Akipoulos lanzó un chillido.

—¡Sí, sí, fue ella, fue Atanasia, fue ella!

—Atanasia —asintió Winston—. De acuerdo. ¿Es ella quien dirige todo este asunto?

—¿Qué..., qué asunto...?

—Escuche, griego de los demonios, estoy rabiendo por meterle a alguien una patada en las ingles, y usted se me está poniendo a tiro maravillosamente. ¿Es ella quien lo dirige todo?

—No..., no sé... No sé nada de lo que dice... Ferrón y yo trabajamos para Atanasia, pero no sabemos nada, no preguntamos nada.

—Ah. Vaya, hombre... ¿Le suena el nombre de Richard Tower?

—No... ¡Se lo juro!

—¿Igor Kaulof? ¿Albert Foreman?

—No, no... Nunca he oído esos nombres... ¡Nunca!

—No se ponga histérico. Volvamos en busca de Atanasia... ¿Quién es, dónde podemos encontrarla?

—En..., en una taberna de El Pireo llamada Tragos... Ella es la propietaria. Es viuda.

—Pobrecilla. ¿Qué significa Tragos, en griego?

—Macho cabrío —dijo Alexei.

Winston soltó un bufido.

—De acuerdo, Atanasia es la propietaria de la taberna Macho Cabrío, en El Pireo, y ella les envió a recuperar el microfilme... ¿Por qué le interesa a ella? ¿Qué sabe Atanasia de esas fotografías?

—No lo sé... ¡Nunca nos da explicaciones!

—Me parece —dijo calmamente Irina— que tendremos que ir a preguntárselo a Atanasia, señor Ettinger.

Éste miró con el ceño fruncido a la rusa. Señor Ettinger, ahora. ¿Quién entiende a las mujeres? Volvió a mirar al desmoronado Akipoulos.

—Me parece que sí tendremos que ir a visitar a Atanasia, griego de los huevos. Pero tú te quedarás aquí, y si algo funciona mal porque nos has engañado. Bueno, no quisiera estar en tu pellejo. Y otra cosa. ¿Qué hay de la lancha *Eolo*? ¡Y quiero respuestas!

—*Eolo* no es su nombre verdadero... Su nombre verdadero es *Korai*.

—¿Y qué significa *Korai*? ¿Cabra lujuriosa, quizá?

—Significa doncella —dijo Alexei.

—Eso es más bonito. ¿Es de Atanasia la *Doncella*?

—No sé... Creo que sí, pero no lo sé seguro.

—El helicóptero. ¿De quién es, cómo podemos encontrarlo?

—¿Qué helicóptero...?

—En mi opinión, este pobre hombre es sólo un comparsa, señor Ettinger. Un comparsa para asesinar, claro.

—Si no le gusta cómo llevo el interrogatorio, puede llevarlo usted, «señorita» Poliakov. —Vamos, no se enfade— sonrió maliciosamente Irina—; tenía entendido que los británicos son menos emocionales.

—Señorita Poliakov, ¿le importa que siga con este tipo?

—Claro que no, señor Ettinger.

—Muy agradecido, señorita Poliakov. ¿O prefiere que la llame camarada Poliakov? —Sería más apropiado. Tan apropiado como que yo le llame a usted señor Ettinger. A cada cual, lo suyo.

—Eso me parece bien. A cada cual lo suyo... Y lo del amigo Akipoulos va a ser un martillazo en los colgantes si no contesta a la pregunta siguiente: ¿de quién es el helicóptero y dónde está?

—¡No lo sé! —chilló el griego—. ¡Lo juro por mi madre, por mi padre, por...!

—Cierra esa cloaca que tienes por boca —masculló Winston—. De acuerdo, vamos a aceptar..., de momento, que no sabes nada del helicóptero. ¿Qué otras cosas sí sabes, sin embargo?

—¡No sé nada de nada, todo lo que sé ya se lo he dicho!

—Se me ocurre a mí una pregunta —dijo Irina, alzando graciosamente un dedito—. ¿Puedo, señor Ettinger?

—Puede, camarada Poliakov.

Irina se acercó al prisionero.

—¿Acostumbran a ir rusos a esa taberna llamada Tragos?

—¿Ru..., rusos...?

—Rusos. Hijos de la Madrecita Rusia. Rusia, señor Akipoulos, es un pequeño país situado un poco por encima de Grecia. ¿Le suena?

—Oh, sí, sí...

—Admirable. ¿Van rusos al Tragos?

—Bueno... De cuando en cuando me..., me parece que aparece alguno por allí... Sí, alguno de cuando en cuando.

—¿Hablan con Atanasia? ¿O sólo van allí a beber tragos de vino y luego se van?

—Pues creo..., creo que muchos de ellos hablan con Atanasia.

Winston, que estaba mirando a Irina, le hizo una seña, y se la llevó aparte, para que no les oyera Akipoulos.

—Los americanos —murmuró— se enteraron de que Tower se relacionaba con ciudadanos soviéticos... ¿No eran de los vuestros, de la MVD? ¿Seguro?

—No, no eran de los nuestros. En todo caso, parece cierto que Tower buscaba relaciones con ciudadanos soviéticos..., y también los rusos sabemos ahora que algunos de esos ciudadanos, residentes en Grecia, o de paso, han desaparecido.

—¿Muchos?

—Que nosotros sepamos, no, no muchos, por ahora.

—Vamos a ver... Tenemos que Tower buscaba relación con ciudadanos rusos corrientes, no espías. Varios ciudadanos rusos han desaparecido. ¿Qué te sugiere eso?

—Pues me sugiere, señor Ettinger, que quizá la lancha llamada por nombre auténtico *Korai* ha podido estar llevando a esos ciudadanos soviéticos a cualquier sitio.

—¿La isla Egina?

—No forzosamente. Puede ser cualquier otra, o cualquier otro punto de la costa, probablemente del Peloponeso. Pero al parecer estamos en el buen camino: tenemos a Atanasia, su lancha, y sabemos que a la taberna de Atanasia suelen o solían ir algunos rusos. La lancha *Korai* podemos encontrarla, sin duda, en menos de veinticuatro horas, por escondida que esté..., cosa que no creo, ya que deben estar convencidos de que con el cambio de nombre no pueden tener problemas. La cuestión clave, pues, está en Atanasia, señor Ettinger.

—¿Qué sugiere que hagamos, camarada Poliakov?

—Buscar la lancha y apretar el cerco en torno a Atanasia.

—¿Se admiten sugerencias? Tengo una.

—¿Cuál?

—Supongamos que apretamos el cerco en torno a Atanasia, y que incluso la atrapamos, cosa que no resultaría nada difícil a un agente británico respaldado por la MVD. Pero supongamos también que la tal Atanasia no es la cabeza pensante de todo el asunto, y que o bien es más cabezota que este pobre diablo, o bien no sabe tanto como nosotros desearíamos... ¿Cuál sería el resultado de nuestro... contacto con Atanasia?

—No demasiado bueno.

—Entonces, expondré mi sugerencia... Ustedes buscan la lancha *Korai*, y yo, que puedo pasar muy bien por ruso, me voy a tomar unos tragos de vino griego a la taberna Tragos.

¿Qué le parece esto, camarada Poliakov?

—Creí que no le gustaba el vino griego, señor Ettinger.

—Pues ahora me gusta. Y hasta me gustas tú, ya ves. ¿Qué te parece esto?

—Estoy emocionada..., pero nuestro amor es imposible.

—Acabas de disparar un dardo envenenado a mi corazón. ¿Por

qué es imposible?

—Vamos, señor Ettinger, hablemos en serio. Un..., un beso no significa... nada.

Winston se quedó mirando fijamente a Irina Poliakov.

—De acuerdo —susurró—. Hablemos en serio. Los rusos se ocupan de la lancha, y el británico se va a beber vino griego. ¿De acuerdo? Y no me diga que sería más lógico que fuese un auténtico ruso a la taberna de Atanasia, porque usted no tiene aquí ningún camarada de mi categoría para hacer ese trabajo... ¿O sí, camarada Poliakov?

—La verdad es que no, pero...

—Acabará gustándome el vino griego —sonrió ceñudamente el agente británico.

Era una tabernucha infecta, sita en una callejuela que desembocaba en el puerto, cerca de los desembarcaderos, entre éstos y la estación de ferrocarril. Había alguna que otra ramera, pero lo cierto era que no les hacían demasiado caso. Los hombres iban allí a beber y a charlar entre ellos, y a buscar camorra cuando se aburrían. No era una taberna «turística», sino una taberna de verdad, llena de hombres, alguna que otra puta, y, sobre todo, humo y olor a tabaco y a vino.

Un asco.

Winston Ettinger, un caballero, pese a que en ocasiones se olvidase de sus modales, como por ejemplo, al interrogar a un prisionero, arrugó la nariz al entrar en Tragos; le pareció que recibía una bofetada pestilente, ni más ni menos. Pero en aquel lugar era absurdo dárseles de británico, aparte de que se había comprado ropa usada en Atenas y que estaba dispuesto a no hablar más que ruso, y, como única salida, italiano.

Y esto, por dos motivos. Uno: si hablaba inglés, se darían cuenta de que él *era* de verdad inglés, no de cualquier otra nacionalidad pero con conocimientos de inglés. Dos: si conseguía su objetivo de entrar en contacto con Atanasia, no podía hablarle en inglés, porque la viuda se daría cuenta de quién era él, reconocería su voz, oída aquella misma mañana por teléfono; en cambio, si hablaba ruso o italiano, era imposible que Atanasia identificase una voz que, por otra parte, había oído escasos segundos.

Así que se sentó a una mesa, miró hacia el mostrador, y pidió

vino a gritos. En ruso, por supuesto. No pareció que le entendiesen, así que, con cara de malas pulgas, señaló la botella de un vecino de taberna, y luego simuló beber en un vaso. El camarero asintió, y segundos después el señor Ettinger tenía ante él una botella de vino y un vaso.

¡Puerca vida!

Se bebió el primer vaso de un trago. Llenó el segundo, y encendió un cigarrillo.

Para entonces, ya tenía allí a una de las ramera, que, sin duda, tenía buen olfato para el dinero. Porque algo no había podido cambiar demasiado Winston en su aspecto: su cara era demasiado... acomodada.

La ramera señaló su vaso, luego a sí misma, y sonrió.

—¿Qué te pasa? —Gruñó Winston, en ruso—. ¿Quieres vino? ¡No me fastidies! ¡Largo!

La mujer se alarmó, pero sólo un poquito y sólo un instante. Insistió en la sonrisa. Winston entornó los párpados. Bueno, no podía ser Atanasia, claro, pero... ¿y si lo fuera?

—Bueno, bebe, golosa —dijo siempre en ruso, y un poco más amable—. ¿Cómo te llamas?

Ella sonrió, y alzó las cejas. La pobre chica quería ser amable, claro. Winston pidió un vaso por señas al camarero, que hizo un gesto de asentimiento.

—Yo, Anatoli —se señaló Winston el pecho—. Anatoli, ¿comprendes, golfa? A-na-to-li.

¡Anatoli!

—*Mais oui* —dijo ella, de pronto—. *Charlotte*.

Je m'appelle

Lo que faltaba: una francesa. Pero, pese a que había entendido perfectamente, Winston se colocó una mano tras una oreja, y adelantó ésta.

—¿Qué? —gritó.

—¡Charlotte!

El camarero depositó el vaso vacío sobre la mesa. Winston lo llenó, y lo señaló. Charlotte lo miró con aprensión. Era más bien pronto, y si comenzaba a beber sin haberse asegurado antes el cliente, la cosa no sería compensatoria. Así que bebió un sorbito.

—Más —dijo Winston—. ¡Más, más! ¡Bebe vino, Charlotte!

Ella no entendía las palabras rusas, pero sí el gesto. Sonrió de nuevo. Tenía dos dientes de oro. Pero era más bien joven, no debía tener más de treinta años; y, para el lugarejo, no estaba del todo mal. Y era complaciente, porque bebió otro sorbito. Winston la contemplaba con el ceño fruncido, pero en el fondo se sentía disgustado consigo mismo. ¿Qué culpa tenía aquella pobre putita de que él fuese un espía y tuviese determinados proyectos?

Y de pronto, recordó cierta definición que había hecho una vez su rubio y pecoso compañero Arnold, allá en Londres: «¿La profesión más puteada de todas? —había dicho Arnold. Pues, hombre, la de espía, siempre la de espía. Porque, fíjate, Winston: una puta tiene el pequeño privilegio de escoger o aceptar un cliente, pero un espía, no. Si te dicen: esto has de hacer con tal o cual persona, pues lo has de hacer, y punto. No puedes elegir ni rechazar. ¡Te lo digo yo, hombre, la profesión más puteada de todas...!».

Charlotte le estaba diciendo algo, muy en plan vampiresa, sonriente, llevando su seducción a la cota más alta de que era capaz. Winston clavó en ella su mirada malévola. Luego miró su escote, por supuesto de lo más descarado. De pronto, se incorporó sobre la mesa, asió el borde del vestido de Charlotte, y tiró de él, para echar una mirada a su contenido. Vio los dos montones de carne blanca, y torció el gesto. Charlotte le dio un golpecito cariñoso, simpático, en la mano. El volvió a mirarla. Ella sonreía. Sonreía, sonreía, sonreía, sonreía... ¡Claro!; ¡su profesión no era la más puteada de todas...! ¡Así ya se podía sonreír!

Ella volvió a darle un golpecito, sin más. Estaba jugando a la virgen pudorosa, cielos, y debía creer que eso le divertía a él.

—Ya verás si nos vamos a divertir —dijo Winston.

Y dio un tirón al vestido de Charlotte, ocasionando el desbordamiento de las enormes y blandas glándulas mamarias...

* * *

Irina Poliakov pareció que fuese a ponerse en pie de un salto al verlo, pero supo contenerse, y sólo se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Hola —saludó Winston—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

Alexei, que era el único que acompañaba ahora a Irina Poliakov, le contemplaba estupefacto.

—¿Qué te ha pasado? —exclamó.

—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

Irina sonrió de pronto.

—No haga demasiado caso a Alexei, señor Ettinger; el pobre se sorprende por cualquier cosa. Y total, ¿qué está viendo?; un hombre manchado de vino, con golpes en la cara, algún arañazo, las ropas rotas... ¡Normal y corriente!

—Me gustan las mujeres comprensivas —dijo Winston, dejándose caer en un sillón, hecho una pena, dolorido en todas partes—. Precisamente, me he encontrado con una taberna que no lo era nada, lo que se dice nada. Comprensiva, quiero decir.

—¿Se enfadó con usted, señor Ettinger? ¿Por qué?

—Total, porque le rompí el vestido y le saque al aire los pechos, blancos y blandos. Y apestaban a perfume barato. Pero eso sí, tenía unos pezones de pasmo, grandes como castañas. Y se llama Charlotte. ¿Por qué demonios tiene que haber franceses en todas partes?

—Menos que británicos —dijo Irina—. ¿Hubo pelea?

—Le aseguro, camarada Poliakov, que cuando vuelva por allí mañana sonará la voz de alarma: me he hecho conocer en esa taberna hasta por las ratas.

—¿Y por Atanasia?

—Ni rastro de ella —negó Winston—. Pero seguro que mañana hago contacto. ¿Han encontrado la lancha *Doncella*?

—Todavía no. Pensamos que quizá no está en El Píreo, sino en el lugar donde, posiblemente, también tiene el helicóptero su base. Pero seguimos buscando. —Entiendo. ¿Tienes ya mi documentación?

—Alexei se la traerá por la mañana.

—¿Alexei o Boris? Porque Alexei está aquí. ¿O es Boris?

—Es Alexei, pero ya se iba.

—Ah. Eh, un momento; ¿y el griego?

—Lo hemos trasladado.

—Me parece bien. No me gustan los histéricos.

—Ni a mí el olor a vino —dijo Irina—. Si lo desea, puede ducharse, señor Ettinger, aunque ya es un poco tarde. Por lo que me

permiso desearle muy buenas noches.

Se puso en pie, y desapareció hacia los dormitorios del pequeño chalé. Winston Ettinger miró a Alexei, con gesto de desconcierto. El ruso, tras mirarlo irónicamente, se despidió con un gesto.

De pasmo: un británico metido de lleno en el servicio secreto ruso como si fueran amiguetes de toda la vida. Eso merecía una ducha, desde luego.

Veinte minutos más tarde, duchado, con una toalla en la cintura por toda indumentaria, Winston Ettinger entraba en el dormitorio donde se había instalado la espía rusa, que estaba tendida en la cama, sólo con sujetador y pantaloncitos, hojeando una revista. Ettinger se sentó en el borde de la cama, y dijo:

—Ya no me duelen. Y no huelo a vino. Y se me ha ocurrido, camarada Poliakov, que quizá mañana mismo, uno de los dos, o los dos, podríamos morir.

—¿Te has enamorado de mí? —susurró Irina.

—Un poco —gruñó Winston.

—Un poco... es muy poco, señor Ettinger.

El desvió la mirada de los verdes ojos. Se tendió a su lado, pasó una mano bajo la espalda de Irina, soltó 1 cierre del sujetador, y lo retiró. Estuvo unos segundos mirando los hermosísimos pechos sedosos y firmes de la rusa. Luego miró de nuevo sus ojos.

—Por algo se empieza —susurró—. Quizá mañana esté más enamorado, camarada Poliakov.

—Quizá —murmuró ella, tendiéndole los brazos.

Y Winston Ettinger se sumergió en el calor de la Vida.

CAPÍTULO V

Supo que era ella en cuanto la vio aparecer.

No sólo porque en ampliaciones de conversación con Akipoulos mientras estuvo con él en el chalé de la playa el día anterior le habían pedido varias veces la descripción de Atanasia a ver cómo se comportaba de memoria y veracidad el griego, sino porque, al ver a Atanasia, cualquiera comprendía que no era vulgar, que no era una más allí.

Sin embargo, cuando la gorda griega se sentó a la misma mesa de Winston, frente a él, el británico la apuntó con un dedo, y masculló:

—Largo de aquí, putón. Ya tuve jaleos anoche con una amiguita tuya, y no quiero más leches. ¿Estamos? Y si no me entiendes, ve a comprarte un diccionario.

—Le entiendo muy bien, Anatoli.

Winston puso una cara magistral de tonto sorprendido. Pero enseguida adoptó una expresión desconfiada. Tan desconfiada, que la gorda reluciente se echó a reír. Sí, Atanasia era de las llamadas gorda-gordísima, con unos pechos más grandes que su cabeza, y unas manos que parecían manojos de morcillas: morcillas con sortijas, desde luego. Tenía los ojos negros, la boca grande, llena, muy roja, y todavía fresca, aunque con un cierto gesto vicioso. Llevaba el cabello corto, como el de un hombre antes de que los hombres se lo dejaran crecer tras decidir no mostrar rapados sus pescuezos.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó por fin Winston.

—Charlotte me lo dijo anoche, cuando regresé. Me informaron del alboroto que había organizado aquí un ruso al desnudar en la sala a Charlotte, y quise hablar con ella a ver qué había pasado. —

No la desnudé. Sólo quise verle los pechos..., aunque me parece que los suyos valen más la pena.

—Pero yo no soy un putón, Anatoli.

—Ya veo. Bueno, quiero decir que no creo que haya por aquí muchas putas rusas...

Aunque tú no eres rusa, de todos modos.

—Soy griega, y me llamo Atanasia. La taberna es mía.

—¿Los pechos también? ¿O hay relleno?

—¿Te gustaría verlos?

—No sé... Los de Charlotte eran decepcionantes. Parecían esto y lo otro, y luego, cuando le arranqué el escote, casi le llegaron a los tobillos.

Atanasia sonrió. Tenía los dientes grandes y blancos, muy limpios. Unos hermosos dientes.

—Anatoli... ¿qué más?

—Leuzof, Anatoli Leuzof... ¿Vas a escribir mi biografía?

Atanasia lanzó una carcajada, y preguntó:

—¿Qué hace un ruso como tú en un sitio como éste, Anatoli?

—Bebo vino. ¿Y qué hace una cachonda como tú en este asqueroso lugar? Pase que sea tuya y que te ganes la vida con ella, pero no que la frecuentes. Es una pocilga.

—¿Qué haces aquí, si no te gustan las pocilgas?

—Cuando no se es rico, hay que resignarse a comer desperdicios, aunque sea temporalmente. Eh, eh, eh; ¡tampoco soy un muerto de hambre!

—No tienes cara de muerto de hambre. ¿De qué lugar de Rusia eres?

—Si te lo digo no te lo vas a creer...

—Prueba.

—De Moscú.

—¿Y por qué no estás allí?

—¡Toma esta...! ¡Porque no me da la gana! ¿De dónde eres tú?

—De un pueblecito cerca de Trikala llamado Paliópirgos.

—¿Y por qué no estás allí?

Atanasia volvió a reír. Tomó el vaso de Winston, y bebió un trago. Cuando lo depositaba sobre la mesa de nuevo, se apresuró a decir:

—No lo tomes como provocación, tranquilo. Entiendo que no

tienes mucho dinero... ¿Y trabajo? ¿Tienes trabajo?

—No, gracias. Ya pasé esa enfermedad.

—¿No te gusta trabajar? —volvió a reír Atanasia.

—¿A ti sí?

—Tampoco demasiado, ésa es la verdad. ¿Qué sabes hacer para ganar algo de dinero?

—Bueno. —Winston guiñó un ojo—, puedo hacer felices a mujeres como tú. Y no ciertamente tocando la balalaika: mi herramienta de trabajo es... la cama.

—Anatoli, eres un deslenguado y un descarado. Pero me gustas.

—Sólo cobro cincuenta rublos.

La carcajada de Atanasia fue digna de ser grabada en un disco para provocar la risa de los hipocondríacos. Se puso en movimiento como por secciones, y Winston la miró con gesto admirativo. Ella movió uno de sus manojos de morcillas.

—Ven, Anatoli. Beberás un vino mejor que éste y hablaremos... en serio.

—¿En la cama?

—También eso podría ocurrir. Ven.

Se dirigió hacia el fondo del local, donde Winston ya había visto la noche anterior aquella puerta y la cortina bastante mugrienta. Atanasia se abrió paso por entre su «selecta» clientela como una ballena entre una bandada de pececillos. Desapareció por la puerta en cuestión. El flamante Anatoli Leuzof apuró su vaso de vino, se puso en pie, y se abrió camino a codazos y empujones hacia la puerta. Apartó la cortina, encontró la puerta abierta, y entró. Junto a él, un sujeto de casi dos metros, de cabeza rapada y enorme, y ojitos de ratón colérico, cerró la puerta, y señaló hacia el fondo del pasillo.

Winston Ettinger asintió, y siguió caminando. Tras él, el mundo retembló bajo las pisadas del gigante de cabeza rapada. Llegaron ante una puerta, Winston miró al gigante, y éste asintió. El británico empujó la puerta, y entró en lo que enseguida se veía que era un sórdido despacho...

—¡Oye, puta de los dem...!

El gigante giró, colocando a Winston de cara a la pared, y, sin más protocolos, lo empujó contra ella. El impacto fue tremendo: la nariz de Winston Ettinger crujió, y un chorro de sangre brotó de

ella impetuosamente. Barbotando maldiciones y tragando sangre, Ettinger fue colocado de nuevo frente a Atanasia, que sonrió.

—Si permaneces callado, te ahorrarás molestias —dijo—. Callado y quieto, Anatoli. No hagas enfadar a Tanakis.

Todo lo que pudo hacer Winston fue tragar sangre. Echaba fuego por los ojos, pero eso fue todo lo que hizo. Atanasia hizo una seña, y uno de los tipos armados comenzó a registrar las ropas del británico. De todo lo que sacó de sus bolsillos, Atanasia sólo sintió curiosidad por una cosa: el documento que acreditaba que Anatoli Leuzof era ruso, que tenía treinta y dos años, que había nacido en Moscú, etcétera, etcétera, etcétera.

—¿Y el pasaporte? —preguntó Atanasia.

—Me lo robaron.

La griega examinó de nuevo el documento; el sobado, perfecto documento preparado por la MVD a petición de Irina Poliakov, que había considerado que un pasaporte habría sido demasiado.

—Desde luego, el papelito parece auténtico —admitió Atanasia—, pero tú no lo eres.

¿Verdad, señor Ettinger?

Winston sintió como un calambre de frío en la nuca.

—¿Qué? —Gruñó.

—Vamos a ver si sé sumar, señor Ettinger; yo le llamé a usted al hotel Fidias, escuché su voz, aunque en inglés, y luego envié dos hombres a buscar las fotografías de Jerusalén. Esos dos hombres no han vuelto, y, ¡qué casualidad!, esa misma tarde aparece en mi taberna un ruso pendenciero con cara de súbdito de Su Majestad Británica..., pero diciendo y haciendo groserías impropias de un inglés. Interesante y divertido. Y vamos a seguir divirtiéndonos. No voy a preguntarle por Ferron y Akipoulos, porque está claro que, o bien han muerto, o bien están en manos británicas. También comprendo que, en estos momentos, mi taberna ha dejado de ser sitio saludable para mí, de modo que tengo que estudiar el modo de desaparecer. Pero antes, hablemos. ¿Sí, señor Ettinger?

—No entiendo nada de lo que dices, te lo advierto.

—El resumen de todo mi interés por usted, señor Ettinger, es éste: ¿cómo consiguió esas fotografías y qué significa que usted las tenga? No me conteste con ninguna estupidez, por favor.

—Las encontré dentro de uno de los globos de la lámpara de la

sala del apartamento de Richard Tower.

Atanasia parpadeó.

—¿Le dijo Tower que podía encontrarlas allí?

—Ni siquiera conozco a Tower.

—Pero son ustedes colegas, ¿no es cierto?

—Sí —gruñó Winston.

—¿Y encontró las fotografías sin que nadie le hablase de ellas?

—Así fue.

—¿Lo que significa que no está en el mismo juego que Richard Tower?

—Exactamente.

—¿A qué ha venido usted a Atenas, señor Ettinger?

—A buscar a Tower y preguntarle por qué demonios intervino en la muerte de un agente ruso y uno americano. La CIA y la MVD están exigiendo explicaciones al MI 5. —Pero usted no sabe nada, ¿verdad?

—Todavía no.

—¿Cuántos de sus compañeros están en estos momentos vigilando mi taberna?

—Unos quince o veinte.

Atanasia volvió a reír.

—¡Quince o veinte! —exclamó—. Eso puede significar tanto como ninguno. Sabemos que los británicos salieron a toda prisa de Atenas. Claro que con usted pueden haber llegado algunos. Pero no quince o veinte. De todos modos, evitaremos el enfrentamiento, si es posible. ¿Qué más le dijeron de mí Akipoulos y Ferron?

—Sólo que tenías esta taberna, y que eras gorda, vieja y fea.

La mano derecha de Atanasia se alzó, como para descargar un golpe en el ya más que maltrecho rostro de Winston. Pero, cuando éste esperaba el golpe con el manojo de morcillas, la griega alzó una de sus gordísimas rodillas, y la incrustó fieramente entre las ingles del británico. Éste palideció, quedó con el rostro desencajado, y jadeó:

—La puta que..., que te... ¡A ti no te lo...!

Al recibir el segundo golpe, los ojos de Ettinger giraron mostrando la blancura de la córnea, y el espía quedó colgando de los impresionantes brazos de Tanakis.

Cuando abrió los ojos, le pareció que vivía entre tinieblas.

Segundos más tarde, distinguía a Atanasia junto a la mesa del despacho, metiendo cosas en un portafolios. Ella también le miró, le sonrió amablemente, y continuó recogiendo cosas. Winston se dio cuenta de que estaba sentado en una silla. Miró hacia su derecha y atrás, y se estremeció al ver a los dos hombres y a Tanakis, mirándole.

Atanasia cerró el portafolios, y se colocó ante él.

—Lamentablemente, tengo que abandonar mi taberna, pero son cosas de la vida. Es mejor eso que enfrentarse a un servicio secreto. Y todo por culpa de ese cabrón de Tower, que no supo hacer bien las cosas, y llamó la atención de dos colegas suyos, un ruso y un americano. Bien, paciencia... Ahora, Ettinger, vamos a salir de aquí, pero no por la puerta de la taberna, sino por atrás. Usted y yo iremos tomados del brazo, como buenos amigos... Límpiase la cara, Tanakis.

El gigante se acercó a Winston sacando un asquerosísimo pañuelo, y el británico lo apartó con gesto furioso, sacó el suyo propio, y se limpió como pudo, conteniendo un alarido de dolor apenas rozó su nariz. Dirigió una torva mirada a Tanakis, y otra a Atanasia, que le contemplaba con amable interés.

—No ha mejorado demasiado, pero puede pasar —dijo la griega—. De modo que saldremos tomados del brazo, como buenos amigos. Por delante nuestro irá Tanakis. Detrás, Lieberman y Sabatini... Creo que lo entiende, señor Ettinger: a la menor dificultad, su espalda será el primer blanco donde acudirán las balas disparadas por mis dos amigos.

¿Alguna duda?

Winston alzó un dedo.

—Sólo una —gruñó.

—¿Cuál?

—¿Cuándo revientas?

Tanakis avanzó hacia él, pero Atanasia le hizo una seña, y el gigante se limitó a levantar a Winston de un tirón. El rostro del británico quedó blanco cuando comenzó a caminar: la cabeza le dio vueltas. Había encontrado dos mujeres en aquel asunto, y las dos la habían tomado con sus atributos masculinos: aquello terminaría mal.

El fresco de la calle le alivió un poco. Estaban en un callejón

todavía más inmundo que el de la fachada de la taberna. Pese a la proximidad del mar, allí se olía a excrementos, a gasolina y a vino de un modo que producía náuseas difícilmente contenibles...

Supo adónde se dirigían antes de llegar, en cuanto comenzó a ver de frente el puerto. ¡A la lancha *Korai*! Lo que significaba que la lancha había salido de su escondrijo... ¡Y si había salido de su escondrijo, los rusos tenían que haberla localizado! ¿O no?

La *Korai* estaba, en efecto, en el desembarcadero. Saltaron a ella sin que nada hubiese ocurrido. Cuando zarparon. Atanasia lanzó un fuerte suspiro de alivio. Iban directos a la bocana del puerto. A la derecha. Ettinger vio movimiento de trenes en la estación de Larissis, a la luz de cientos de embarcaciones... Hasta que hubieron dejado atrás la bocana del puerto no se pudo ver que era noche estrellada, y dejar de oler a miles de cosas sucias. Sentada junto a él iba la gordísima Atanasia, y enfrente de ambos, Lieberman, pistola en mano. Sabatini pilotaba la lancha. Tanakis miraba hacia atrás, y por fin se volvió hacia Atanasia y dijo algo en griego.

Atanasia asintió, y miró a Winston.

—Parece que no nos sigue nadie, señor Ettinger, pero de todos modos vamos a tomar ciertas precauciones.

—Por mí no te molestes.

No sabía si arrepentirse o no por no haber querido llevar pistola, aunque, realmente, habría sucedido lo mismo, pues le habían sorprendido bien. Todo lo más, se habría organizado un tiroteo, que, a buen seguro, habría dado lugar a que él no saliese vivo del Macho Cabrío. Ahora, por lo menos, estaba vivo. Pero... ¿por cuánto tiempo?

Las órdenes de Atanasia fueron simples, pero muy claras: Sabatini debía llamar por la radio de la lancha, pidiendo que el helicóptero acudiese para escoltarlos, y, si aparecía algún peligro para ellos, eliminarlo radicalmente.

No eran buenas las perspectivas, desde luego.

—Supongo —dijo de pronto Winston— que más o menos por aquí debió ser donde matasteis a Foreman y a Kaulof.

—Más o menos —admitió tranquilamente Atanasia.

—¿Adónde vamos?

—A ver a unos amigos.

—Si te refieres a Tower, no es amigo mío —gruñó Winston—.

No soy amigo de los cerdos. De todos modos, me gustaría reunirme con él para...

—No creo que le gustase mucho reunirse con él —rió la griega.

Winston comprendió al instante.

—¿Está muerto? ¿Lo habéis matado?

—Nos estaba ocasionando demasiadas complicaciones. Quería ser demasiado listo.

—¿A qué te refieres?

—Lo enviamos en un viaje relámpago a Jerusalén para conseguir las fotografías, y, en ese sentido, hizo bien el trabajo. Pero luego, cuando Dominico le pidió el negativo del microfilme, dijo que ya lo había quemado..., lo cual sabemos ahora que no es cierto, ¿verdad? ¿O usted sólo encontró copias fotográficas?

—Tengo el negativo también.

—Lo pensé en cuanto vi el anuncio en el periódico.

Fue usted tan expresivo: Ettinger, inglés, hotel tal... ¿De verdad no estaba en convivencia con Tower?

—No.

—Bueno, tanto da. En realidad, señor Ettinger, nosotros estamos haciendo ahora de cebo. Antes de ir a ver a Dominico siempre tenemos que estar seguros de que no nos sigue nadie. Por eso vamos en la lancha: seguirla resulta muy descarado..., y entonces intervienen los del helicóptero. Pronto sabremos si está usted en verdad solo, lo que me causaría no poca admiración, o es sólo una avanzadilla de los espías ingleses. En cuanto a Tower, sí, Dominico lo mató... Primero, la mentira de que había quemado el microfilme con las fotografías de Jerusalén; luego, sus ambiciones y exigencias; y finalmente, pese a exigir tanto, su descuido al permitir que el ruso y el americano se fijaran en él... Y encima efe todo esto, claro, el hecho de que ya estaba detectado... Ya no servía de nada, así que Dominico lo mató.

—¿Quién es Dominico?

—Un amigo.

—Será amigo tuyo, no mío. ¿Y qué demonios significa todo eso de las fotografías de Jerusalén?

—Dominico quería tenerlas, para estudiar bien el lugar en el que vamos a hacer estallar la gran bomba.

—¿Qué? —Respingó Winston, palideciendo.

—Sí —rió Atanasia—. ¡La gran bomba! Dominico todavía está estudiando las fotografías, pero no acaba de decidirse. Tendrá que hacerlo pronto, desde luego.

—Pero... ¿estáis locos? ¿Pretendéis hacer estallar una bomba en Jerusalén?

—Una bomba tremenda —volvió a reír Atanasia.

—¿Qué clase de bomba? ¿Dónde está, quién la tiene?

—¡Cuánto pregunta usted, señor Ettinger! ¿Quiere saber qué clase de bomba? Bueno, sólo le diré que va a ser... algo jamás experimentado antes. Es un experimento, sí. ¿Dónde está la bomba? Pues eso no tiene importancia; se puede conseguir en cualquier sitio.

Winston Ettinger se desconcertó.

—¿Cómo que se puede conseguir en cualquier sitio? ¡Una bomba no se consigue así como así! No, al menos, una bomba digna de ese nombre... ¿O acaso es sólo uno de esos estúpidos paquetitos que sólo sirven para romper cristales de escaparates?

—Le aseguro que no; esa bomba, señor Ettinger, hará estremecer todo Israel.

—Dios... Pero no comprendo...

—Oh, ya basta, no tengo más ganas de conversación. Además, todo lo que convenga que usted sepa se lo dirá Dominico. Le gusta mucho recibir invitados; especialmente, si hablan inglés y ruso, pues está estudiando a fondo ambos idiomas...

Atanasia dejó de hablar, y miró a Tanakis, que señalaba hacia el cielo, en dirección al sentido de la marcha. Atanasia miró hacia allí, y vio las luces del helicóptero...

* * *

—Se oye un helicóptero —dijo Alexei.

Dentro de la gran lancha, Irina Poliakov asintió. Estaba dentro del camarín, con Alexei. Afuera, Boris preparaba la lancha para zarpar. Frente a Irina y Alexei, los instrumentos que recogían no sólo la dirección que seguía la lancha *Korai*, sino la conversación que le sostenía en ésta ocasionalmente. Con todo, lo que predominaba era el zumbido de la lancha. Y ahora se oía, distante, el helicóptero.

—Ya no hablan —murmuró Alexei.

—¿Quién debe ser ese Dominico? ¿Es alguien cuyo nombre haya sonado antes en este asunto?

—No. Pero sea quien sea, parece que dispone de una bomba que puede estremecer todo Israel.

Irina movió la cabeza.

—Puede que sí, pero tiene que ser una bomba muy especial, pues Atanasia ha dicho que puede conseguirse en cualquier sitio.

—Eso no es posible. Una bomba de esa potencia...

—Quizá ha querido decir que se puede «fabricar» en cualquier sitio. Lo que significa que, posiblemente, podría ser una bomba atómica... casera. Factible, ¿no?

Alexei parpadeó, y no contestó, Irina estuvo prestando su máxima atención de nuevo a los instrumentos de escucha, pero, al parecer, en efecto Atanasia no tenía más ganas de conversación. Sólo se oía el rumor de la lancha y el del helicóptero de cuando en cuando. Debía estar dando vueltas cerca de la lancha.

—Nos mantendremos a buena distancia —murmuró Irina—. No me gustaría que nos acribillasen, como hicieron con Kaulof y con Foreman.

—Ettinger los debe tener aquí —dijo Alexei, tocándose la garganta—. Quizá debimos decirle que ya habíamos localizado la lancha *Korai* y que la habíamos «preparado» para tenerla controlada a distancia.

—No. Es mejor así; cuanto menos sepa, menos dirá, por mucho que le pregunte ese Dominico amigo de las conversaciones en ruso y en inglés. Bueno, al menos, el afán de conocimientos idiomáticos del tal Dominico nos garantiza la temporal supervivencia de nuestro estimado colega británico.

—Para ser británico, tiene agallas, ¿verdad?

—Sí, pero quizá no debimos dejarle tanta iniciativa —murmuró Irina Poliakov, preocupada—. Está metido en un buen lío.

—Algo haremos por él, ¿no?

—Sí... Algo habrá que hacer por el señor Ettinger, claro.

CAPÍTULO VI

—¿Qué tal, señor Ettinger? ¿Cómo ha pasado la noche?

Winston miró hoscamente al sujeto que le hacía tan amables preguntas. Era, sin la menor duda, un sujeto interesante: medía más de metro ochenta, tenía una hermosa cabellera ensortijada, grandes ojos negros e inteligentes rebosantes de satisfacción y vitalidad, y una boca bien dibujada, bella, pero viril. Debía tener alrededor de cincuenta años, quizá un par menor. Su atuendo era un traje de calle, de impecable corte e inmejorable tejido inglés. Llevaba corbata, zapatos de fina piel, y, en resumen, el conjunto era de una sobriedad y elegancia que casi despertó la envidia del no menos elegante (en condiciones normales, se entiende) espía británico.

—¿Qué pasa, señor Ettinger? ¿No entiende mi inglés?

—Le entiendo.

—¿Pero no quiere contestar a mis preguntas?

—¿Por qué no? He pasado una noche fatal, y estoy muy mal.

—Vamos, vamos, no haga una tragedia de esto, señor Ettinger. Siéntese, siéntese; charlaremos un rato. ¿Es cierto que habla el ruso como si fuera ruso?

—Lo hablo bastante bien —farfulló Winston, sentándose.

—Estupendo. ¿Café? ¿O ya le han servido el desayuno?

—Oiga; ¿se está pitorreando de mí?

—¿Pitorreando? ¡No conozco esa palabra! ¿Qué significado tiene?

—Pues, en inglés coloquial, significa cachondeo, guasa, burla. ¡Y no he desayunado! —Curioso... ¿Pitorreo? Recordaré la palabra: pitorreo... Es una palabra que suena bien. Tanakis— el apuesto Dominicó miró al feísimo gigante—, ¿quieres pedir desayuno para dos, por favor? ¿O tampoco vosotros habéis desayunado?

Miró a Atanasia, Lieberman y Sabatini, que permanecían en silencio, mirando de su jefe al prisionero y viceversa, como desconcertados por la conversación.

—Nosotros, sí —dijo Atanasia.

—Claro... ¡Yo me levanto tan tarde! Bueno, pues desayuno para dos, Tanakis, si eres tan amable. Bien, bien, bien, señor Ettinger... ¿Le gusta mi casa?

—Creí que era un palacio —gruñó Winston.

—¡Casi lo es! —rió Dominicó—. Sí, realmente casi es un palacio, con su jardín, su hermosa fuente, su playa prácticamente privada... Soy muy rico, señor Ettinger.

—Yo no.

—Lamentable. ¿Sabe, señor Ettinger?; ¡usted me gusta más que su compatriota Richard Tower!

—No veo por qué; también soy británico.

—Pero es menos codicioso. Si yo le hubiese hecho ese comentario sobre mi riqueza a Tower, él habría respondido enseguida que me envidiaba. Usted, muy flemático, se ha limitado a exponer la circunstancia de que no lo es. Sí, me gusta. ¡En cambio, aquel Tower...!

—¿Lo mató porque no le gustaba?

—En definitiva, fue por eso. Ya ve usted, me engañó con lo del microfilme, que dijo haber quemado. Y no era demasiado hábil, francamente.

—Era un espía del montón, desde luego. Debió usted escoger mejor, si quería evitarse complicaciones.

—Eso es cierto. Pero a veces elegir hombres demasiado inteligentes también es un inconveniente. Fíjese en Tower: sin serlo demasiado, ya me ha complicado la vida. Primero, con lo de hace días, cuando me colocó en la lamentable necesidad de matar al ruso y al americano que lo seguían. Y ahora, con su argucia de esconder el microfilme en su apartamento... ¿Por qué cree usted que haría eso su compatriota, señor Ettinger?

—Bueno, quizá no se fiaba de usted, y quería tener algo con qué fastidiarle.

—¿En qué pueden fastidiarme unas fotografías?

—¿Me invitará a fumar si se lo digo?

Dominico Dominikopoulos alzó las cejas.

—¡Pero cómo...! —exclamó—. ¿No tiene usted tabaco?

—No, señor, no tengo tabaco.

—Se le proveerá de tabaco, señor Ettinger, se lo garantizo. Mientras tanto, ¿aceptaría un cigarrillo turco?

—Lo preferiría americano.

Dominico se echó a reír. Sacó una elegante pitillera, y la ofreció a Winston, que se conformó con el cigarrillo turco. Ya fumando, contempló a través del humo, entornados los párpados, a Dominico. No le gustaba. Demasiado amable. Demasiado amable.

Demasiado.

—¿Y esa explicación, señor Ettinger?

—Ahí va. Yo creo que, en el fondo, Tower no se fiaba de usted, así que dejó escondido el microfilme con las fotografías por si le ocurría algún percance dejamos a los del MI 5 algo con que empezar a trabajar. Y la prueba de que sabía que obtendríamos resultados, que le encontraríamos la tiene usted en mí mismo. Estoy aquí ¿no?

—Es una explicación convincente. Dejó una pista para que me encontrasen si algo le ocurría a él..., ya que no confiaba plenamente en mí. Pero, en ese caso, ¿por qué, simplemente, no dejó mi nombre y mi dirección en Egina, cosas ambas que él conocía perfectamente?

—No se puede trabajar de prisa.

—¿Qué quiere decir ahora?

—Que seguramente, por medio de alguna clave, su nombre y dirección están en alguna de las microfotos, o en todas..., pero dada la premura de tiempo y la carencia de laboratorios adecuados, mis compañeros de Atenas y yo no hemos sabido ver eso.

—Entiendo. Sí, eso sí es perfectamente comprensible y lógico. Y ya que hablamos de sus compañeros, señor Ettinger, ¿cómo es posible que permitieran que un hombre sólo corriera tanto riesgo?

—No estaba solo. Pero al salir del Tragos por otra puerta, que nosotros no conocíamos, los dejaron ustedes con dos palmos de narices. Ahora deben estar tirándose de los pelos y haciendo lo posible por encontrarme..., lo que me parece no les va a ser fácil..., pero lo conseguirán.

Dominico sonrió.

—Lo dudo. ¿Qué quiere decir eso de dos palmos de narices?

—Pues que se llevaron un buen chasco, que los burlaron.

—Curioso en verdad. ¿Siempre habla usted de modo tan... pintoresco?

—No. Sólo cuando trato con gente de cultura popular.

—¿Quiere decir que me considera inferior a usted?

—Por supuesto.

Dominico Dominikopoulos sonrió, y movió la cabeza.

—Realmente, señor Ettinger, no procedo de la *jet society*, pero su altivez resulta un tanto molesta... e improcedente, ¿no le parece? Está ante mí convertido en un guiñapo, lleno de sangre, sin afeitar, hambriento, fumándose mis cigarrillos, con la vida pendiente de mi exclusiva voluntad..., y se pone a insultarme. Fascinante.

—No le he insultado. Sólo he definido personalidades.

—No le gusta la mía, ¿eh?

—Es demasiado amable. He conocido gente como usted: de un momento a otro ordenará que me corten el cuello, o algo así. Comprenderá usted, sin duda, que eso no me parezca satisfactorio.

—¡Señor Ettinger, me gusta cómo habla usted, de modo que pospondremos mientras sea posible ese... trágico desenlace de nuestras relaciones! Siempre y cuando, claro, usted no haga tonterías. El resto de su corta vida aquí puede ser muy agradable.

—Preferiría morir de viejo y aburrido bajo un puente del Támesis.

Dominico se echó a reír. Y todavía estaba riendo cuando en el salón de su fastuosa casa entró un sirviente con abundante desayuno, seguido del monstruoso Tanakis. Nadie dijo nada mientras el criado servía el desayuno, sobre el cual se abalanzó Winston en cuanto lo tuvo delante, provocando de nuevo la risa de Dominico.

—Sus modales no son muy elegantes, señor Ettinger.

—Váyase en globo... ¡Este café está bueno, de veras!

—Celebro que le guste. ¿Sabe, señor Ettinger?; todo el tema de conversación que quería desarrollar con usted, motivo por el cual no ha sido eliminado todavía, ya está agotado. Usted me ha dicho todo lo que yo quería saber. Gracias. Espero que comprenda que, a partir de ahora, mi interés por su supervivencia es sólo de índole... didáctica, coloquial si quiere. De modo que concretemos esto de modo incuestionable: pórtese bien, y vivirá. ¿De acuerdo?

—Si quiere, hasta le recito unos versos de Shakespeare.

—Si lo hace bien será agradable. Estuvo en...

Se calló de pronto, y miró hacia la puerta, en la que habían sonado unos golpecitos. Hizo una seña a Tanakis, y éste desplazó su mole hasta la puerta, que abrió. Un hombre con uniforme de chófer entró, y fue directo hacia Dominico, al que tendió un gran sobre.

—¿Y esto qué es? —preguntó Dominico, tomando el sobre.

El chófer se inclinó, y le murmuró unas palabras al oído. Winston, que no perdía detalle, vio alzar las cejas a Dominico, y acto seguido abrir el sobre y sacar unos papeles... Fotografías. Eran fotografías. Dominico frunció el ceño al ver la primera, y pasó rápidamente las restantes. Miró al chófer, murmuró algo en griego, y el hombre salió del salón.

—¿Malas noticias? —preguntó Winston.

Dominico le miró, seriamente ahora.

—Según parece —murmuró—. Tower se dedicó a repartir fotografías por todas partes.

Le tendió las que acababa de recibir, y Winston se apresuró a tomarlas y mirarlas. Eran las mismas fotografías de Jerusalén que él ya conocía. Miró a Dominico, sorprendido, con gesto interrogante, y el griego encogió los hombros... La puerta volvió a abrirse, y Winston miró hacia allá con gran interés, alzando de nuevo la taza de café. Casi se la vació encima.

Por fortuna, los demás estaban también pendientes de la puerta, y no se percataron de su gran sobresalto.

Pero... ¿estaba loca?

¿Qué hacía allí la camarada Poliakov?

¿O estaba soñando y no era ella?

Fuese o no un fantasma, la rubia, preciosa, sonriente Irina Poliakov acababa de entrar en el salón, y caminaba hacia Dominico, que se puso en pie.

—¿Señor Dominikopoulos? —preguntó Irina.

—A sus pies —inclinó el griego su hermosa cabeza.

—Soy Gertrude Trytell, señor Dominikopoulos; la amiga de Richard Tower.

Aquella sí fue una bomba en pleno centro del salón..., y en pleno estómago de Winston Ettinger. ¡Estaba loca!

—¿La... amiga, señorita Trytell? —murmuró Dominico.

—Bueno, usted ya entiende, ¿verdad? —sonrió simpáticamente

Irina—. Un hombre, una mujer... ¿Verdad que entiende?

—Sí, claro... Claro.

—Me gustaría ver a Dick, señor Dimikkoni... ¡Oh, es un nombre tan largo y complicado el suyo, señor!

—Llámeme Dominico, y así le será más fácil.

—Muchas gracias, señor Dominico. ¿Puedo ver a Dick? A menos que le haya ocurrido algo malo, se entiende.

—¿Por qué habría de ocurrirle nada malo?

—Bueno, él me dijo que le guardase las fotografías, y un sobre, y que si durante más de tres días no tenía noticias de él viniera aquí a visitarlo a usted, y le dijera que es un...

Bueno...

—Por favor, siga. ¿Qué tiene que decirme?

—Pues que..., que es usted un mal nacido, y que tiene que darme un millón de dólares si no quiere que envíe el sobre a una dirección de Londres.

Dominico palideció. Los demás estaban pasmados. Winston no sabía si echarse a reír o a llorar. ¡Genial! ¡Aquella muchachita rusa era genial!

—Señorita Trytell —alzó un dedo Winston.

Irina le miró, mostrando sorpresa y una cierta pena por su lamentable aspecto; y no poca curiosidad.

—Diga, señor.

—Me llamo Winston Ettinger, soy británico, y gran amigo de Richard Tower.

—¡Oh! ¡Encantada, señor Ettinger! De veras, me alegra conocer a un amigo de Dick... ¿Qué le ha ocurrido, señor Ettinger?

—Esa bestia de ahí. —Winston señaló a Tanakis— me agarró por los brazos y me estrelló de cara contra la pared. ¿Y sabe por qué? ¡Porque no le gustan los británicos! ¿Le gustan a usted, señorita Trytell?

—¡Imagínese...!

—Entonces, voy a darle un buen consejo. Resulta que bien lavado, peinado y afeitado, soy un tipo estupendo. Así que le sugiero que me pida usted como... complemento del millón de dólares. Soy muy útil, además de atractivo: sé pasar la aspiradora, utilizar la lavadora, y cocino de maravilla.

—¡Me lo quedo! —rió la señorita Trytell; pero miró de pronto a

Dominico—. Bueno, si el señor Dominico no tiene inconveniente.

—¿Y si lo tuviera? —murmuró Dominico.

—Pues no sé... El sobre lo tiene una persona que lo cursará hacia Londres si yo no estoy en casa en Atenas esta tarde, señor Dominico. Mire, yo no soy muy lista, ni sé bien lo que está pasando, pero Dick me quiere mucho, siempre me lo dice todo muy bien, me prepara las cosas de modo que yo no tenga que molestarme. Una vez me dijo: «Gertrie, te amo tanto, chiquilla, que si me muero podré demostrártelo más que estando vivo. ¿Qué te gustaría tener de verdad?». Y yo le dije a Dick: «¡Oh, Dick, un millón de dólares!». Y claro, me eché a reír...

—Pues ya puede dejar de reír —dijo Ettinger—, porque está a punto de tener un millón de dólares..., y a este averiado servidor. ¿Verdad, Dominico?

Casi se palpaba la hostilidad, la agresividad contenida de Dominico Dominikopoulos y su gente, cuyo silencio no podía ser más sombrío. La jugada de Richard Tower aparecía tan clara para Dominico y los suyos que no dejaba el menor resquicio de esperanza: si no complacían a aquella muchacha rubia, el sobre conteniendo el microfilme con las fotografías de Jerusalén, el nombre y dirección de Dominico, así como sus planes, estarían dentro de un par de días como máximo en Londres.

Y esto era perder definitivamente la partida, porque Dominico sabía que en dos días no tenía tiempo de realizar su plan en Jerusalén. Pero, aunque hubiera tenido tiempo, los británicos sabrían la verdad, y entonces no sólo no habría servido de nada, sino que todos los servicios secretos del mundo lanzarían sus mastines a la caza de Dominico Dominikopoulos... ¡El hijoputa de Tower...!

—Se ha quedado mudo —dijo Winston, compungido.

La mirada del griego se desvió hacia él, perversa. Luego regresó hacia la bellísima Irina.

—¿Quién es esa persona que tiene el sobre? —susurró.

—Una amiga que se fue esta mañana en su coche a pintar por ahí, en cualquier lugar de Grecia. Le dije que se llevara el sobre, porque no quería dejarlo en mi apartamento. Ella me llamará desde donde esté esta tarde.

Ettinger miró sonriente a Dominico, cuyos esfuerzos por

mantenerse sereno eran visibles. De pronto, el griego sonrió.

—Bueno, realmente, no tenemos por qué preocuparnos ninguno de nosotros, señorita Trytell.

—¿Significa eso que voy a ver a Dick, señor Dominico?

—Emmm... Lamentablemente, eso ya no es posible..., ni lo será nunca.

—Ahora dirá que Dick se ha ido a China de misionero —apuntó Winston.

—El señor Tower masculló Dominico. —Tuyo... un desdichado accidente, señorita Trytell. Un desdichado y fatal accidente.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Pobre Dick! Entonces, ¿tendrá que darme usted un millón de dólares?

Winston Ettinger realizó el mayor esfuerzo de su vida para no soltar la carcajada. Todos los músculos de su rostro se tensaron en el esfuerzo de mostrar una expresión flemática mientras miraba a Dominico, que había fruncido el ceño.

—Por supuesto —asintió el griego—. Pero espero que comprenda que un millón de dólares no se reúne en unas pocas horas, señorita Trytell.

—Eso es cierto —aceptó Winston—; yo llevo treinta y dos años intentándolo... ¡y nada! Además, otra cosa, Gertrie: yo de usted pediría ese... seguro de vida en libras, o, mejor aún, en marcos alemanes. Es que el dólar está bajando en picado, ¿sabe? Seguramente, tarde o temprano los americanos decidirán respaldarlo adecuadamente, pero ahora, sea cual sea la jugada monetaria internacional, el dólar está pasando de moda, cada día se cotiza en menos valor.

—Ése es el problema —lo miró hoscamente Dominico.

—¿Qué?

—Que el problema que...

—¡No le digas nada, Dominico! —exclamó Atanasia—. ¡No les digas nada!

—Calla, bruja gorda —gruñó Winston.

—¡Tanakis! —chilló Atanasia—. ¡Dale a ése...!

—¡Quietos todos! —ordenó secamente Dominico—. Yo diré lo que se hace o se dice aquí. Yo, y sólo yo. ¿De acuerdo?

—Sí, y sólo sí —dijo Winston—. Pero, Dominico, espero que se dé cuenta de lo alarmante de su situación.

Y ahora, si no les importa, la señorita Trytell y yo nos vamos a dar una vuelta por ahí —se puso en pie—. Gracias por el desayuno, Dominico. Y por el cigarrillo turco, que por cierto no me ha gustado.

—¡Este británico deslenguado...! —gritó Atanasia.

—¡Cállate! —ordenó Dominico—. Y usted, señor Ettinger, vuelva a sentarse.

—Pero es que me gustaría dar un paseo...

—Usted y la señorita Trytell serán mis invitados mientras me dedico a reunir el millón de dólares. ¿Está usted de acuerdo, señorita Trytell?

—Oh, por mí...

—Diga que no —aconsejó Winston—; en realidad, no somos sus invitados, sino sus prisioneros. Y mientras permanezcamos aquí, él se dedicará a pensar alguna jugada sucia.

Gertrude Trytell abrió mucho los ojos.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Yo no creo eso del señor Dominico!

El griego sonrió como si le estuviesen arrancando las tripas.

—Claro que no —aseguró—. Sucede que, ante todo, tengo que ir al banco, precisamente para comenzar a gestionar la consecución de una suma tan importante... Estoy seguro de que lo comprende, señorita Trytell.

—Claro que si Vaya, vaya tranquilo, señor Dominico; el señor Ettinger y yo le esperamos en su hermosa casa. ¡Es preciosa! ¿Sabe usted si vale más de un millón de dólares?

—No, no tanto... Bien, ustedes sabrán disculparme. Lieberman, ven conmigo.

Salieron los dos del salón. Dominico estaba furioso, pero todavía más, preocupado.

—Esa mujer no puede ser tan tonta... No me gusta esto, me huele a jugada británica. O quizá americana... ¡O rusa! Lieberman, quiero que tú y otros dos hombres os deis una vuelta por los alrededores de la casa, por el jardín, la playa... Fijaros bien en todo. Quiero saber si veis hombres sospechosos cerca.

—Entiendo —asintió Lieberman—. ¿Qué piensa hacer?

—¡El demonio me lleve si lo sé! Ah, y echa un vistazo al pabellón de la playa, asegúrate de que los rusos están allí, que todo está tranquilo y en orden. ¡Y díles que no se les ocurra salir a la

playa, ni siquiera al jardín!

—Esa muchacha puede estar mintiendo —sugirió Lieberman.

—No. Es menos tonta de lo que parece. Lo que significa que si ha venido aquí es porque se sabe totalmente a salvo de cualquier jugada nuestra.

—Pero podemos matarla.

—Ella lo sabe. Pero también sabe que no lo haremos, por la sencilla razón de que matarla a ella significa el suicidio de todos nosotros... No, no es tan tonta como parece.

Ve a hacer lo que te he dicho. ¡Sobre todo, los rusos!

—¿Realmente piensa usted ir al banco?

—Si el terreno está despejado, sí. Tengo que cubrirme la retirada, por si no consigo... manejar a mi gusto a la muchacha.

—¿Manejarla a su gusto? —sonrió Lieberman—. No parece fácil.

—Depende de si en verdad es tonta o no. Pero, de todos modos, lo intentaré... A fin de cuentas, por muy lista que sea, es sólo una mujer.

CAPÍTULO VII

—Una mujer es, básicamente, igual a otra mujer —dijo Winston Ettinger—; pero ¡caramba!, en cuanto se abandona esta base, resulta que una mujer puede ser una mujer, y otra mujer ser una ballena. No sé si me explico, señorita Trytell.

—Pues no... Me temo que no, señor Ettinger. Al menos, yo no le entiendo.

—He dicho bien claramente que es usted preciosa, y que Atanasia es una bruja repugnante, además de ballena grasienta. ¿Me ha entendido ahora?

Gertrude volvió sus asustados ojos hacia Atanasia, que miraba rezumante de odio al británico. Tanakis preguntó algo en griego, pero ella negó, lo que evidenciaba su acatamiento a las órdenes de Dominico Dominikopoulos.

—Creo, señor Ettinger, que no debería... decir esas cosas.

—Es que me divierte. Recuerdo que una vez, cuando yo era ballenero en el Polo Norte...

—Tanakis, ayúdame —ordenó Atanasia.

Se quedaron mirando todos el espectáculo. Tanakis se acercó, tomó de las manos a Atanasia, y tiró de ella, desempotrándola del sillón donde había estado todo el tiempo. Uno de los manojos de morcillas señaló a Winston.

—Señor Ettinger, puede seguir contando sus aventuras y peripecias..., pero espero poder demostrarle pronto que todavía no han terminado. Ven conmigo, Sabatini... Pero tú quédate aquí, Tanakis, y si el señor Ettinger quería salir del salón, rómpele la espalda. Lo has entendido, supongo.

Tanakis sonrió, mostrando una horripilante dentadura desportillada y amarillenta. No sólo había entendido, sino que

incluso le subyugaba la idea, evidentemente. Fue a abrirle la puerta a Atanasia, cuyas carnes brincaban de modo increíble, y cuando ésta y Sabatini hubieron salido, la cerró, y se apoyó de espaldas en ella, cruzó los brazos y clavó su mirada en Winston.

—Es un monstruo —dijo éste—, pero en cuanto pueda le devolveré su jugada de anoche. Dígame, señorita Trytell, ¿habla usted algún otro idioma, aparte del inglés?

Claro, aparte.

—Me las arreglo bien en italiano, alemán, esp...

—¿Alemán? ¡Perfecto! ¿Cree usted que el monstruo habla alemán?

—No lo sé. Pero a usted se le debe haber ocurrido el modo de averiguarlo, señor Ettinger.

—Sí. Eso puede costarme alguna costilla rota..., pero sobre todo, espero que usted no se desmaye al oír lo que tengo que decirle al monstruo.

—¿Y si me tapase los oídos?

—Buena idea.

Irina Poliakov se tapó las orejitas, y Winston miró a Tanakis, buscando el más atroz insulto que pudiera existir. Cuando reunió una buena frase, le miró fijo a los ojos. Si el monstruo no reaccionaba de algún modo al oír aquellos insultos en alemán, sólo podía ser debido a una cosa: no entendía el alemán.

El flemático caballero británico que era Winston Ettinger comenzó a soltar una retahíla de insultos que habrían conmovido una montaña. ¿Qué hizo Tanakis? Se quedó mirándolo hoscamente, y eso fue todo.

Ettinger hizo una seña a Irina, que retiró las manos de sus orejitas.

—No habla alemán —dijo Winston en este idioma—; si lo hablase, me estaría haciendo picadillo. ¿Cómo demonios ha conseguido llegar hasta aquí, señorita... Trytell?

—Teníamos ya localizada la lancha, y habíamos colocado un emisor de señales y un par de micrófonos. Nos enteramos de todo, pero manteniéndonos a distancia. Luego llegamos a la isla, centramos la búsqueda del emisor, localizamos la lancha en el embarcadero privado de nuestro anfitrión, y comenzamos a interesarnos por él. No sabemos dónde para el helicóptero, pero

sabemos sobre nuestro anfitrión todo lo que se puede saber normalmente.

—¿Y...?

—Es un riquísimo comerciante griego que ha hecho algunos negocios no demasiado honestos, pero hay muchos como él. Dentro de Grecia, es intocable.

—No para nosotros, supongo —murmuró Winston—. ¿Está la casa rodeada?

—Claro que no.

—Entonces, ¿realmente ha venido aquí como una tonta de capirote con ese cuento tan bien inventado sobre mi compatriota traidor?

—Sí. Nuestros amigos se mantienen a distancia..., pero vendrán si los necesitamos.

—¡Si los necesitamos! —bufó Winston—. ¿Acaso espera que nosotros dos solos solucionemos la situación aquí dentro? Eso está lleno de hombres adictos a nuestro anfitrión, y solamente una buena invasión de amigos nuestros puede solucionar el problema.

—Señor Ettinger, si ya ha liberado su malhumor, que por otra parte comprendo perfectamente, ¿se le ocurre ahora algo inteligente que decir?

—A ver si esto te parece inteligente: ¿antes que nada queréis saber dónde están los ciudadanos rusos con los que nuestro traidor, que en el infierno descansa, hizo contacto, y que desaparecieron?

—Ahora sí es realmente usted —sonrió Irina Poliakov—. ¿Se le ocurre alguna cosa más?

—Bueno, pienso que podemos cargarnos nosotros a nuestro anfitrión, y simplificar la cosa a los de fuera: cuando muere el jefe de la manada, los demás miembros se acobardan.

—Ésa es una parte del asunto. La otra, aunque realmente podemos saberla cazando vivo a nuestro anfitrión y «convenciéndole» para que sea explícito, es saber qué significa exactamente todo eso de la bomba en la Ciudad Santa, dónde está esa bomba, cómo es, de dónde la han sacado, y quién y cómo va a lanzarla, y cuándo... Pero ya le digo que eso es relativamente fácil, dadas las circunstancias. Ahora bien, señor Ettinger, no haremos *nada* hasta que sepamos qué ha sido de esos ciudadanos rusos desaparecidos. ¿Está claro?

—Caramba —sonrió Winston—; ¡cualquiera diría que es usted rusa, señorita Trytell!

—Winston, no admito bromas con eso.

—De acuerdo, de acuerdo. Además, tienes razón. ¿Has traído radio de bolsillo?

Claro que no.

A Ettinger se le pusieron los pelos de punta.

—¿Cómo vas a avisar a tus camaradas, entonces, si los necesitamos? —bramó.

Llevo un pequeño bolígrafo que emite una señal cuyo alcance es de dos kilómetros. Más que suficiente; sólo tengo que hacer la señal, y vendrán.

—Caray. —Winston se pasó una mano por la frente—. Bien, entonces, todo lo que tenemos que hacer es saber dónde están los rusos, ver si se puede hacer algo por ellos, y... ¡acción!

Irina Poliakov miró sonriente a Winston, que estaba hecho una auténtica pena.

—Señor Ettinger, hacía mucho tiempo que no encontraba en mi camino un hombre del temple y el espíritu de usted. De veras.

—Por supuesto. Y supongo que es por eso que estás loca por mí. En cuanto a mí, hoy estoy más enamorado de ti que ayer..., pero menos que mañana.

—En ese caso —murmuró Irina Poliakov—, sería muy agradable llegar a mañana, ¿no le parece, señor Ettinger? En serio, tenemos que saber dónde están los rusos, o qué han hecho con ellos. Lo que significa que, en mi opinión, debe dejarse de tonterías y provocaciones y trabajar en serio el asunto. ¿De acuerdo?

—*All right*, amor mío. No sabría decirte cuánto me alegro de haber venido a Grecia, dé haberte conocido... ¡Eres tan encantadora, mi amada..., señorita Trytell!

* * *

—Es usted una mujer encantadora, señorita Trytell.

Irina Poliakov miró con delicioso gesto alegre y agradecido a Dominico Dominikopoulos.

—Oh, bueno, realmente Dick me lo decía siempre... ¡Pobre Dick! El estaba tan enamorado de mí, tan entusiasmado conmigo...

Bueno, debo admitir que no ha sido el único, claro... Quiero decir que..., que otros muchos me han demostrado su... admiración, señor Dominico.

—¿No podríamos suprimir lo de «señor»?

—¡Qué amable es usted, Dominico! ¡Y usted me llamará Gertrie, nada más!

Allá en el fondo. Dominico Dominikopoulos tenía la sensación no poco molesta de que la señora Trytell se estaba «pitorreando» de él, pero su mente consciente se negaba a admitir que tal cosa pudiera ser posible. Una mujer que puede morir de un momento a otro no se dedicaría a «pitorrarse» de quien puede matarla. Ni tendría aquella naturalidad, ni sonreiría de aquel modo en verdad encantador.

Así pues, en su soberbia, y tras recibir el informe de Lieberman de que no había nada que pudiera preocuparles cerca de la casa, o en el embarcadero, ni en parte alguna, Dominico había llegado a la conclusión, sorprendente, eso sí, de que Gertrude Trytell había dicho la verdad, y que, por tanto, ella era sólo una pobre tonta que estaba siguiendo la maldita jugada *post-mortem* de Richard Tower.

—Sí, es más cómodo y simpático: Gertrie y Dominico —el griego sonrió en plan seductor—. Y más íntimo.

—Sí —relucieron los ojos de Irina—; y más íntimo.

Emmm... ¿Amaba usted mucho a Dick Tower, Gertrie?

—Oh, pues... ¡Sí, claro!

—Evidentemente, él sí la amaba mucho a usted. Como ya le he dicho mientras almorzábamos en grata compañía...

—¡Espero que el señor Ettinger también haya almorzado!

—Por supuesto. Pero el señor Ettinger tiene una lengua demasiado... suelta, me pareció mejor que se alimentase a solas, en un cuarto especial para invitados. Hablemos de usted..., de nosotros. Como le dije durante el almuerzo, he estado en el banco, aquí mismo, en Egina, y mi banquero ya tiene orden de comenzar a reunir lo más rápidamente posible el millón de dólares... Espero que no se impacienta si tarda dos o tres días, Gertrie.

—Oh, no... ¡Se está bien aquí!

Esto era cierto. Estaban en un extremo del salón, cerca de la salida al jardín, donde se veía el sol en mil dibujos que creaban las hojas de los altos árboles que Dominico había trasplantado hacía

tiempo a la isla. Era una hermosa tarde de primavera.

—¿Le gustaría tener una casa como ésta? —sonrió Dominico.

—¡Ya lo creo! ¡Por eso le pregunté si...!

—Podría tenerla gratis.

Gertrude Trytell se quedó mirando pasmada al griego.

—¿Gratis?

—¿Por qué no? Todo lo que tiene que hacer es trasladarse aquí de modo... permanente. Es una casa muy grande.

—No sé si entiendo bien su invitación, Dominico.

—¿Por qué gastar parte de su millón de dólares en una casa en cualquier sitio? Ya tiene ésta. Se la ofrezco sinceramente.

—¿A cambio de qué?

—De nada. Podría ir y venir a su antojo. Un viaje a París, otro a Londres, quizá América... Pero siempre tendría aquí su casa.

Gertrude parpadeó.

—Mire, Dominico, yo no soy tonta... Bueno, no es que sea muy lista, pero tonta, tampoco. Además, Dick me habló algunas veces de cosas que no entendí bien, pero que ahora... Bueno, tengo la impresión de que usted y él estaban haciendo algo que no estaba del todo bien. Y yo no quiero líos. Además, ni siquiera le creo del todo cuando dice que me está reuniendo un millón de dólares, porque usted mismo habló de que tenía problemas con los dólares. ¿No fue así?

—Sí, es cierto. Pero mi problema no es la falta de dólares, sino su baja cotización en el mercado internacional. Tengo toda mi fortuna en dólares, y esa baja continua me puede llegar a perjudicar muchísimo. Es por eso que...

—Que usted y Dick estaban haciendo algo malo.

—¿Malo? ¡Claro que no! Sólo se trata de unas cuantas pintadas. Ya sabe, se coge un aerosol lleno de pintura adecuada, y se pintan palabras o dibujos o signos en las paredes. Cualquier cosa: la cruz gamada, una «¡Viva la reina!», o un «¡Fascistas fuera!», y cosas así.

—Sí, ya sé lo que son las pintadas en las paredes, Dominico..., y la verdad, no veo que sea demasiado malo. Claro que todo depende de lo que digan esas pintadas.

O en donde se hagan —rió Dominico—. Porque no es lo mismo poner en la pared de una fábrica «¡Viva el obrero!», que poner otras cosas en... el Muro de las Lamentaciones, por ejemplo.

—¿El Muro de las Lamentaciones de Jerusalén? —murmuró Irina Poliakov—. ¿Quiere usted hacer pintadas en el Muro de las Lamentaciones? ¡Eso enfadaría muchísimo a los israelitas, Dominico!

—Sin duda. Y ésa es la idea: que se enfaden.

—Pero... ¿qué ganaría usted con ello? ¡Además, si le ven haciendo esas pintadas...!

—No las haría yo, naturalmente.

—¿Quién las haría?

—Bueno, algunas personas que han aceptado ese trabajo.

—¿Y qué dirían las pintadas?

—¿Tiene usted ascendencia judía, quizá, Gertrie?

—No.

—Venga, le enseñaré una cosa... Venga.

Le tendió la mano tras ponerse en pie. Irina Poliakov aceptó la mano, y fueron ambos hacia la puerta del salón. Salieron de éste, cruzaron el vestíbulo adornado con blancas columnas, y entraron en un despacho fresco y elegante. Dominico cerró la puerta, señaló uno de los cuadros de la pared, y acto seguido le dio la vuelta. La parte posterior del cuadro había sido convertida en pizarra, y en ésta, se veían las palabras escritas con rotulador. Irina Poliakov las leyó rápidamente, y luego miró sobresaltada a Dominico Dominikopoulos.

Éste sonrió alegremente.

—¿Le parece demasiado fuerte? A decir verdad, la he traído aquí porque me gustaría escuchar su opinión, Gertrie. Y, en todo caso, cualquier sugerencia que pueda mejorar estas palabras, es decir, su... intención.

—Es una intención... ofensiva.

—Pero todavía se podrían encontrar cosas más ofensivas, más irritantes, más... brutales. ¿Se le ocurre alguna?

De nuevo miró Irina las palabras escritas en inglés en la parte posterior del cuadro:

JUDIOS: CERDOS

SHIN BETH: CRIMINALES

SION: MIERDA

ISRAEL: ESCLAVOS DE USA

TIERRA SANTA: CEMENTERIO ARABE BUSCA DE PAZ:
BURLA SANGRIENTA

—¿Y bien, Gertrie?

Irina se pasó la lengua por los labios.

—No... No se me ocurre... nada más. Dominico.

—Lástima. Tengo que soliviantarlos a todos al máximo.

¿A todos? Serán los judíos los que...

—No, no, no. No sólo ellos, créame. Si las pintadas las hacen unos cuantos rusos, la cosa se complicará bastante más. Cabe esperar que Estados Unidos se enfade seriamente con Rusia, porque cuando sean identificados los cadáveres de los rusos que liarán las pintadas...

—¿Los cadáveres? ¿Acaso morirán?

—Oh, sí. Digamos que algunos amigos míos que están esperando en Jerusalén los acribillarán a balazos. Entonces, Rusia tendrá unos cuantos muertos culpables de tal provocación, y Estados Unidos tendrá unas pintadas que le molestarán tanto como a Israel... ¡Y ya tenemos de nuevo el mundo en tensión! ¿Qué pasará entonces?

—Que el dólar aumentará muchísimo su cotización.

—¡Exacto! Y como consecuencia, yo, que estoy a punto de arruinarme, me enriqueceré de tal modo que me convertiré en uno de los hombres más poderosos del mundo. ¿Qué le parece la idea? ¿No es genial?

—Tiene un... pequeño defecto.

—¿De veras? ¿Cuál?

—¿Qué ocurriría si el... enfado entre Rusia y Estados Unidos fuese... exacerbándose, y llegase un momento de malos pensamientos en una u otra parte, o en ambas?

—¿La guerra mundial? Oh, no creo que lleguen a eso. ¡No es para tanto! Sólo se enfadarán un poco, habrá tensión mundial, se llegará a temer la conflagración..., pero nada más.

—Pero... ¿y si se enfadan... demasiado? ¿O si algún general ruso o americano pierde los nervios y... aprieta determinado botón que puede desencadenar una ofensiva espantosa? Puede suceder, ¿no?

—Bueno, sí, es posible, claro... ¡Pero algún pequeño riesgo hay que correr!

—¿Pequeño riesgo? —jadeó Irina, lívida, demudada—. ¡Está

usted hablando de la posibilidad de una guerra nuclear!

—Bueno, alguna vez tendría que suceder, ¿no es así? Realmente, el mundo se está superpoblando demasiado, así que, aunque ese remotísimo riesgo llegara a materializarse, sólo sucedería que los supervivientes tendríamos más de todo. Pero no pasará nada; solo, que yo me convertiré en inmensamente rico, pues mi fortuna, que ahora está mermando, se... esponjará, se inflará como un globo enorme. ¡Eso es lo que pasará, y nada más!

Pese a todo, Irina conservó la serenidad.

—Quizá tenga razón. Lo que me pregunto es de dónde va a sacar unos cuantos rusos que estén dispuestos a ir a morir ante el Muro de las Lamentaciones.

—¡Pero si ellos no saben que van a morir! Lo que creen es que todo estará preparado para sacarlos inmediatamente de Israel, para facilitarles la fuga de modo infalible.

—Pero morirán.

—Desdichadamente. Y allí estarán, como prueba de que el asunto de las pintadas habrá sido cosa de los servicios rusos que operan en el extranjero.

—Le pregunto lo mismo: ¿de dónde sacará esos rusos?

—Oh, ya los tengo. Se están... entrenando a hacer pintadas. —Dominico se echó a reír—. ¿No es divertido? ¡Esas pintadas van a caer en Jerusalén como una bomba! ¡Peor que una bomba atómica! Estuve vacilando en qué monumento o edificio hacer las pintadas, y me decidí por el Muro de las Lamentaciones... ¡Una bomba en Jerusalén, eso van a ser las pintadas que harán los rusos! ¡Peor, mucho peor que una bomba! ¿No está de acuerdo? ¡Y no me diga que no es fácil y tranquilizador ir de un lado a otro con unos simples aerosoles de pintura...! ¿No es una idea fantástica?

—En verdad, lo es.

—¿Ve cómo le agrada? Y cuando sea inmensamente rico, ¿cree que a mí me importará ese millón de dólares que ahora tanto va a costarme reunir con tanta prisa? ¡Con gusto le regalaré otro millón, Gertrie, cuando todo haya ocurrido según mis planes! Pero... en _ estos momentos, hay que ir con mucho cuidado. Por ejemplo, ese sobre que tiene su amiga... Sería catastrófico para mí..., para los dos, que fuese enviado, o que su amiga lo perdiese, ¿comprende?

—Desde luego.

—Y tengo la esperanza de que usted no desee nada catastrófico para mí.

—¡Claro que no! Precisamente estaba pensando que sería conveniente que yo regresara ya a Atenas, para contestar a la llamada telefónica de mi amiga. —Gertru— de Trytell sonrió candorosamente—; no vaya a ser que al no recibir ella respuesta decida enviar el sobre a Londres, Dominico.

—Sería terrible. No sé si habrá imaginado ya que ese sobre contiene explicaciones de Dick Tower contra mí. Por eso le he preguntado si lo amaba mucho..., y me ha parecido, francamente, que no demasiado. Eso es bueno para usted..., y podría ser mejor si llegara a la conclusión de que con nadie estará mejor que conmigo. En cuanto a mí, es usted tan encantadora, Gertrie, que me gustaría... conservarla para siempre a mi lado, como una reina.

—Es todo tan asombroso... ¡Y tan inquietante, Dominico!

—A mi lado no tendría nada que temer nunca, Gertrie.

—Sí, lo he comprendido. Es usted un hombre fuerte... Oh, no me refiero a fuerte muscularmente, claro, sino un hombre de gran inteligencia, poderoso, de firmes decisiones...

—Eso es lo que busca toda mujer, en definitiva, ¿no es así? —sonrió el griego.

—Sí —sonrió también Gertrude Trytell—. Realmente, así es, Dominico. Pero me parece que estamos perdiendo demasiado tiempo. Si queremos llegar a Atenas a tiempo de atender el teléfono cuando mi amiga llame, debemos partir ya.

—Cuando usted guste. Y para ahorrar tiempo, iremos en mi helicóptero.

—¡Tiene un helicóptero...! ¡Nunca he ido en helicóptero!

—Si permanece a mi lado. —Dominico deslizó una mano por un hombro de Gertrude— deberá empezar a acostumbrarse a grandes refinamientos y comodidades.

—Creo... que acabo de tomar una decisión inteligente —casi rió Gertrude—; ¡quedarme en esta casa, Dominico! ¿De verdad puedo?

El la acercó, y la besó suavemente en los labios.

—No te arrepentirás —susurró—. Y ahora, vámonos.

—Oh, espera un momento. ¡El señor Ettinger tiene que venir con nosotros! Le prometí...

—El señor Ettinger, querida, es sólo una persona obsesionada

con la idea de perturbar mis planes. No creo que ni a ti ni a mí nos convenga su amistad..., ni que, por el momento, salga de esta casa.

—Pero yo le prometí... ¡Me pareció tan simpático! ¿Puedo, al menos, despedirme de él?

—De acuerdo —asintió Dominico, extremadamente complaciente—. Mientras tanto, ordenaré que preparen el helicóptero.

CAPÍTULO VIII

Winston Ettinger, encerrado en uno de los aposentos del piso superior cuya puerta vigilaba el gigantesco Tanakis, había escuchado en silencio la rápida, concisa y clarísima explicación de Irina Poliakov. Parecía que no, que ni siquiera le hacía caso, pero Irina sabía que el británico no se había perdido ni una sílaba.

Cuando ella terminó de hablar, Winston le mostró lo que había estado haciendo.

—¿Qué te parece, reina de Dominico? —inquirió.

Irina miró la delgada trenza hecha con gran habilidad por el británico con delgadas tiras de tela de un viejo paraguas que yacía, desmontado, a los pies de Winston.

—Es muy bonita —dijo—. Me alegra que haya encontrado usted un entretenimiento, señor Ettinger.

Éste asintió, y tomó una de las varillas del viejo paraguas, en uno de cuyos extremos comenzó a anudar cuidadosamente la trenza hecha con seda.

—Está claro —dijo el británico— que los planes de Dominico son un tanto... infantiles, pero pueden tener muy funestas consecuencias si consideramos que también las mentes de algunos gobernantes y las de altos cargos militares son asimismo infantiles, capaces de agarrar una rabieta tremenda por una tontería...

—No olvide los insultos, y la acusación contra Israel de estar burlándose de la paz, y contra Estados Unidos de disponer de Israel como de una nación de esclavos. Luego llama cerdos a los judíos, y dice que Tierra Santa es un cementerio árabe... Y llama criminales a los del Shin Beth, el servicio secreto israelí... Por último, insulta a Sión llamándolo mierda. De todos modos, quizá tenga razón: puede que haya alguien capaz de enfadarse verdaderamente con esas

pintadas, señor Ettinger.

—Ya me estás tocando las narices con tanto señor Ettinger —masculló éste—. Parece como si acabásemos de conocernos. Y, reina de Dominico, te recuerdo que hemos dormido juntos. Y digo que «hemos dormido» empleando un eufemismo, porque tú sabes muy bien que lo que menos hicimos fue dormir.

—No tienes por qué ser tan rudo —murmuró Irina.

—De acuerdo. Pero entonces, déjate ya de tonterías, y de hablarme como si estuviéramos en una estación esperando un tren, y acabásemos de conocernos. Y te diré otra cosa: no me gusta nada que ese griego almibarado haya puesto sus morros en tu boquita.

—Quizá no he debido decirte eso —sonrió Irina.

—¡Je! Sé perfectamente que estabas deseando decírmelo, para fastidiarme. Pero, hagas lo que hagas, reina de Dominico, yo he comprendido ya que estás que te mueres por mis huesos... ¿Correcto?

—¿Qué podemos hacer, señor Ettinger?

Éste le dirigió una fulminante mirada.

—Pues acostarnos juntos siempre que podamos —gruñó.

—No me refería a eso, sino a esta situación.

—Ah, ya. Bueno, algo habrá que hacer, claro. Supongo que no has podido conseguir ningún arma.

—De momento, no.

—Bien, ya nos las arreglaremos. —Ettinger ató el otro extremo de la trenza de seda a un extremo de la varilla, y se quedó mirando su obra, que mostró a Irina—. ¿Qué te parece?

—No sé. Parece un arco.

El británico alzó un dedo.

—Ésa es la idea —murmuró, sacando de entre la destrozada tela del paraguas otras varillas del mismo, recortadas, y con la punta afilada en el suelo—. El ingenio humano no tiene límites, amor mío.

—¿Qué esperas conseguir con ese juguete?

—¿Tienes algún arma mejor?

—No.

—Pues ya estamos. ¿Te parece que pasemos al ataque?

—¿Al ataque? Mira, Winston...

—¡Un momento, reina, un momento...! ¿A qué vienen esas confianzas? ¡Nada de Winston! ¡Soy el señor Ettinger!

—Oh, Winston, no es momento de tonterías... ¡Sé que Dominico tiene varias personas rusas preparándose para hacer esas pintadas en el Muro de las Lamentaciones! Y creo que hasta sé dónde las tiene.

—¿En el pabellón de la playa?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Espero que te hayas dado cuenta. —Winston señaló hacia detrás de él por encima del hombro— de que hay un par de ventanas en mi regio aposento principesco, desde las que se ve el mar..., y un embarcadero, un pabellón..., y hasta gaviotas.

—Podríamos salir por una de esas ventanas, y así evitaríamos a Tanakis, que está ahí fuera vigilando.

—No podemos salir por la ventana, querida mía, porque nos encontraríamos en el jardín sin arma alguna. En cambio, si salimos por la puerta de la casa, es de suponer que antes nos habremos tropezado con alguien que habrá tenido la «amabilidad» de presentarnos su pistola por unos minutos.

—Pero Tanakis está...

—Deja a Tanakis de mi cuenta.

—Con ese arco y esas flechitas será lo mismo que disparárselas a un elefante.

—Es posible. Bien, reina mía, vamos a terminar este coloquio dejando bien clara una cosa: nada de más reclamaciones por parte de los rusos al MI 5. De acuerdo en que Tower fue un cerdo asqueroso que mató o hizo matar a uno de tus compañeros de la MVD, pero no olvides que las personas que están dispuestas a hacer las pintadas en Jerusalén son rusas; es decir, tan traidoras como Tower. Así que, si salimos de ésta, te vas a Moscú, les dices a tus jefes que dejen de molestar, y nosotros también olvidaremos el asunto. ¿Te parece bien?

—Sí. Pero ¿qué pasará con los americanos?

—¿Los americanos? Te diré lo que pienso de ellos en todo este asunto: son tan cerdos o más que mi compatriota Tower. ¿Y sabes por qué pienso esto de ellos en este asunto?

—No. ¿Por qué?

—Ellos se enteraron de que Tower andaba «contratando» ciudadanos soviéticos, ¿no es así? Y como consecuencia, es posible que hasta llegaran a saber lo que Dominico está tramando. Tengo

el... presentimiento de que se hicieron con uno de esos rusos que sabía algo, así que se enteraron.

—Pero si lo saben..., ¿por qué no han intervenido?

—Porque quizá les hace gracia la idea de que Dominico haga subir el dólar, y han decidido que los acontecimientos sigan su curso. Por eso, mi reina, no han intervenido, no se les ha visto el pelo en parte alguna.

Irina, que tenía muy abiertos los ojos, suspiró de pronto.

—Todo esto es un asco, Winston.

—Lo es, reina mía. Y ahora, llama a tus camaradas para que vengan a toda prisa a esta regia casa y nos apoyen para escapar.

—Winston, no quiero que ellos intervengan hasta que yo pueda proteger a los rusos que hay en el pabellón. Podrían matarlos... y después de todo, son rusos, como yo.

—Eres una buena chica —sonrió Ettinger secamente—. Pero tienes razón, así como eso ya estaba pensado por mi parte, y por eso me he procurado esta mortífera arma —mostró el arco y las flechas hechas con varillas de paraguas—. Saldremos de aquí, y nos dedicaremos a proteger ese pabellón hasta que lleguen tus camaradas. ¿Eso ve gusta?

—Sí, Winston.

—Perfecto —el británico atrajo a la rusa, y la besó en la punta de la nariz—. Ahora utiliza ese bolígrafo para lanzar tu señal de llamada. Y mientras tus camaradas llegan, tú y yo iremos hacia el pabellón. ¿Alguna duda, reina mía?

—No... No.

—Pues haz la señal.

Irina Poliakov obedeció, mientras Ettinger se acercaba a la sólida puerta y escuchaba.

Naturalmente, ni él ni Irina habían hecho ni tan siquiera un comentario a las ofertas de Dominico a la muchacha, pues eran mentiras tan evidentes que se convertían en insultos para su inteligencia. Sin lugar a dudas, los propósitos del griego eran eliminarlos a los dos en cuanto hubiera recuperado aquel sobre... que no existía.

—Ya está —dijo Irina, colocándose junto a Ettinger.

—Llama a la puerta, para que esa bestia te abra.

Irina llamó, mientras Winston retrocedía, con una flechita ya

colocada en el delgado arco. Era, en efecto, como un juguete, y cuando Tanakis abrió la puerta y vio a Ettinger apuntándole, parpadeó, desconcertado.

Winston Ettinger soltó la cuerda de seda en la que estaba colocada la flecha, que silbó brevemente en el aire, y llegó como un delgado rayo negro al ojo derecho de Tanakis, hundiéndose allí profundamente.

El bramido de Tanakis hizo retemblar todo el regio edificio propiedad de Dominico Dominikopoulos. Fue un bramido salvaje, bestial, que hizo estremecerse a Irina Polikov..., mientras Winston, pálido, se apresuraba a colocar otra flecha en el arco..., y Tanakis, tras arrancar la flecha de un tirón, lanzando otro espantoso bramido, sacaba la pistola del bolsillo de atrás del pantalón, fijó con un odio terrible su ojo sano en el británico..., que disparó de nuevo.

Tanakis volvió a bramar cuando la segunda flecha se hundió en su otro ojo, pero no por ello dejó de empuñar su pistola y apuntarla hacia donde estaba Winston. No llegó a disparar, porque, de pronto, Irina saltó hacia él, demudado el rostro, pero decidida. Su mano derecha, de canto, golpeó fuertemente en la muñeca del griego, y el arma saltó de entre sus crispados dedos.

—¡Cógela tú! —exclamó Winston—. ¡Y salgamos de aquí!

Se dirigió hacia la puerta, pero Tanakis, aullando como enloquecido, se colocó en el hueco, extendiendo sus brazos, tapando la salida, sin dejar de gritar. Winston Ettinger lo miró torvamente, echó su pie derecho hacia atrás, y lo disparó acto seguido hacia delante, con toda su fuerza, alcanzando de lleno a Tanakis en los genitales, que lanzó otro bramido y cayó de rodillas...

—Con alguien tenía que desahogarme —masculló Ettinger—, aunque no creo que tú tengas ovarios.

Apartó el griego de un empujón que lo hizo rodar hacia el amplio pasillo. Salieron los dos tras él, dispuestos a bajar la escalinata que conducía al vestíbulo... Otra de las puertas del piso alto se abrió, y apareció Atanasia, sujetando con sus manojos de morcillas una toalla en torno a su cuerpo, y corriendo, rodando más bien, hacia el rugiente Tanakis, que se ponía en pie dando golpes a diestro y siniestro, intentando romper, destrozarse el mundo entero.

Y uno de sus enormes puños golpeó a Atanasia con tal fuerza en la nuca, al desplazarse Tanakis de un lado a otro, que la gorda

griega salió impulsada hacia la escalinata, lanzó un chillido, dejó caer la toalla, apareciendo completamente desnuda, todavía húmedo su increíble cuerpo..., y desapareció escalinata abajo.

En lo alto de ésta, desorbitados los ojos, Winston e Irina la vieron caer rodando, golpeándose en los escalones con todo el cuerpo, vibrando, estremeciéndose sus enormes muslos, sus pechos descomunales y blanquísimos... Era como una bola de nieve rodando montaña abajo.

En su fascinación, casi estuvieron a punto de ser alcanzados por los golpes que Tanakis lanzaba en todas direcciones, convertido en un monstruo demoledor. Winston señaló con la barbilla hacia el vestíbulo, donde yacía ya Atanasia, cara al techo, con un brazo debajo del cuerpo, el otro doblado sobre el pecho, y las rollizas piernas separadas de modo increíble, mostrando la negrura de un vello abundantísimo, espectacular.

Todavía estaban bajando Irina y Winston cuando la puerta del salón se abrió, y apareció el criado que por la mañana había servido el desayuno. Pero ahora no parecía tener tan amables intenciones, pues en su mano relucía una pistola. Vio a Ettinger y a Irina, lanzó una exclamación, y alzó la pistola...

¡Pack!, restalló el disparo efectuado por Irina Poliakov.

Hubo como una pequeña explosión en la frente del hombre, que desapareció de un salto en el interior del salón, lanzando la pistola al aire. Winston saltó tan rápidamente hacia el arma, que a punto estuvo de alcanzarla antes de que llegase al suelo; la agarró al segundo rebote, y se volvió hacia la escalinata. También Irina miraba ahora hacia arriba, oyendo los espeluznantes gritos de Tanakis... y viendo cómo su enorme corpachón rodaba escaleras abajo, rebotando como si fuese un tronco. El último rebote fue tan fuerte que el cuerpo del griego, que ya no gritaba, ni braceaba, ni pataleaba, dio un salto increíble, giró, y fue a caer, de bruces, sobre el cuerpo de Atanasia, entre los muslos, quedando allí inmóvil, con la cabeza colgando a un lado de la de Atanasia.

Irina Poliakov salió de su estupefacción cuando oyó el comentario de Winston Ettinger:

—Chocante... ¡En verdad chocante!

Corrió hacia la puerta, la abrió, y salió, como olvidado de Irina. Cosa que no era cierta. Precisamente, la recordaba muy bien, y por

eso salió en primer lugar, enfrentando a los dos hombres que llegaban corriendo de un lado del jardín, ya pistola en mano.

¡Pack, pack!, disparó el espía británico.

Uno de los hombres dio un salto en el aire, cayó de cabeza, y quedó inmóvil. El otro cayó de rodillas, aullando, rodó hacia delante, se volvió hacia Ettinger, y disparó, desde el suelo. Winston Ettinger oyó el seco restallido de la bala pasando junto a su cabeza. Volvió a disparar..., y el otro hombre dejó de hacerlo.

El británico y la rusa no necesitaban más explicaciones sobre su línea de acción: echaron a correr a toda velocidad hacia la playa. Desde el embarcadero, vieron llegar a otro hombre, vestido completamente de blanco, reflejando el sol de la tarde no sólo en sus albas ropas, sino en un rifle...

—¡Desvíate hacia la derecha! —jadeó Winston—. ¡Ve al pabellón por la parte de atrás! ¡Y no discutas!

Irina Poliakov no discutió. Continuó corriendo en la dirección indicada por Winston, mientras éste saltaba detrás de unos arbustos maravillosamente floridos, aromáticos... Todavía estaba cayendo entre las flores cuando el estampido del rifle sonó, y una bala atravesó los arbustos poco menos que despeinando al británico.

—La madre que te...

Rodó, saliendo de la protección visual que representaban los arbustos, y vio al hombre del rifle, todavía a demasiada distancia para alcanzarle con la pistola. Así que, para pasmo del sujeto, el británico echó a correr directamente hacia él. El hombre se echó de nuevo el rifle a la cara, apuntó..., y el británico desvió su marcha, eludiendo la bala. De nuevo desvió la marcha, en veloz zigzag, cuando el hombre volvió a disparar. Y lo hizo otra vez cuando el hombre, nerviosísimo, lo hizo de nuevo, cada vez peor, cada vez más sobresaltado por la acción del británico.

Éste dio el último salto, cayó de rodillas a unos cuarenta metros del hombre, extendió el brazo derecho, sujetó la muñeca con la mano izquierda, y disparó.

El hombre del rifle dio un salto hacia atrás realmente acrobático, alzando los pies más arriba de su cabeza, sobre la cual cayó. Eso fue todo.

—¡Winston! —Le llegó la voz de Irina—. ¡Winston, el helicóptero!

El británico se puso en pie, y contempló la destellante masa voladora que se acercaba velozmente. Luego miró a Irina, que se había detenido en su marcha hacia el pabellón, y le hacía señas desesperadas para que cómese..., mientras el suelo reventaba cerca de ella en diminutas salpicaduras de tierra y césped.

—¡Entra en el pabellón! —aulló Winston.

—¡Winston!...

—¡En el pabellón, rusa idiota! *¡Entra en el pabellón!*

Ahora se diferenciaba el rugir del helicóptero con el tronar de una ametralladora, cuyas balas se hundían cerca de Irina Poliakov mientras ésta, con la cabeza vuelta hacia Winston, llamándole, corría hacia el pabellón, en cuya puerta Winston distinguió un par de hombres...

Irina llegó a la puerta, empujó a los hombres, entró..., y la puerta comenzó a reventar en grandes astillas. Pálido como un cadáver, Winston Ettinger miraba con ojos desorbitados el helicóptero. Lo vio descender más, acercarse más al pabellón... Los cristales de una de las ventanas saltaron en miles de fragmentos. El helicóptero maniobró, y Ettinger comprendió inmediatamente las intenciones de sus ocupantes: iban a por él, dejando para más adelante a los ocupantes del pabellón, a los que debían considerar acorralados.

Se zambulló en otro arbusto de flores.

Y por entre éstas, vio acercarse el helicóptero... En la abierta portezuela, vio el rostro de Lieberman, manejando la ametralladora atornillada al montante, seguramente con un mecanismo de pliegue y despliegue.

Cuando el helicóptero pasó, vomitando plomo en donde suponían que estaba él, Winston alcanzó a ver también el rostro de Sabatini, y, más confuso, en la parte de atrás, junto a Lieberman, el de Dominico Dominikopoulos.

El helicóptero, tras rebasar la posición de Ettinger, estaba girando, realizaba la maniobra de regreso.

Winston Ettinger se colocó de nuevo de rodillas, alzó la mano armada, sujetó según su costumbre la muñeca derecha con la mano izquierda, y cerró el ojo de este lado. El helicóptero se acercaba destellando cegadoramente, de nuevo vomitando plomo. Winston Ettinger no se movió más que para seguir con la pistola el

desplazamiento del aparato. Correr era una tontería, pues lo habrían cazado fácilmente. Su única posibilidad consistía en permanecer allí y que ninguna bala le acertase, esperando el momento conveniente de disparar él a su vez.

El momento llegó.

El helicóptero pasó sobre él y un poco alejado. Winston vio de nuevo a Sabatini, a los mandos. Siguió su vuelo un par de segundos. Luego apretó el gatillo.

Vio perfectamente relucir al sol el machurrón de sangre que salpicó de la cabeza de Sabatini. Y al instante, el helicóptero efectuó una extraña maniobra giratoria. Como si estuviese montado en un tiiovivo, Ettinger divisó el crispado rostro de Dominico, que gritaba, aunque no se oía su voz... El helicóptero volvió a girar, se balanceó, y cayó en picado...

Winston colocó ambos brazos ante su rostro cuando se alzó la gran bola de fuego, cuyo calor llegó hasta él, mientras partes del helicóptero saltaban en todas direcciones. El resto, convertido en humeante y rugiente tumba de tres hombres, quedó aplastado allí, convertido en una hoguera.

El espía británico no se movió. Todavía podía haber por allí más hombres de Dominico Dominikopoulos, y no quería morir estúpidamente, ahora que parecía tener controlada la situación.

Pero, si había por allí más hombres de Dominico, se apresuraron a escapar. Quizá porque, ya muerto su jefe, no tenían por qué arriesgarse a nada. O quizá porque, en aquel momento, dos coches llenos de agentes rusos irrumpían en la hermosa villa por el otro lado.

Cuando Winston Ettinger, encogido el corazón por lo que hubiese podido ocurrirle a Irina, entró en el pabellón, la escena lo dejó estupefacto: Irina, de pie, apuntaba a un grupo de cinco hombres que también estaban en pie, al otro lado del pabellón; ante esos hombres, yacía otro, gimiendo y sangrando, y junto a él se veía un aerosol.

—Muchachos —dijo Ettinger—, quédense quietecitos y no se resistan más; sus compatriotas de la MVD acaban de llegar, así que no tienen escape; serán llevados a Rusia, juzgados, y luego enviados a Siberia. O algo así, espero. Y es que no se puede pensar sólo en el dinero...

—¿Estás..., estás bien? —preguntó de pronto Irina.

Winston la miró con gran sorpresa.

—Esa voz... ¡Juraría que la conozco! ¿Quién es usted?

Bajo las manchas de pintura con la que la habían agredido, Irina Poliakov compuso una mueca hosca, casi furiosa, mirando con ojos relampagueantes al británico. Pero de pronto Irina Poliakov se echó a reír.

ESTE ES EL FINAL (y 2)

¡Cómo recordaba siempre Winston la risa de Irina! Es decir, lo recordaba todo. Cuando volvía a Londres después de pasar una semana con ella en Atenas, recordaba los maravillosos momentos de amor, los besos, los gemidos de dulce placer de ella, sus ojos llenos de amor... Pero sobre todo recordaba su risa en el pabellón, cuando demostró que sabía tener sentido del humor y alegría por la vida. La risa que, definitivamente, enamoró al espía británico de la espía rusa para siempre.

Bueno, al principio el propio Winston se había resistido a admitirlo. ¡Cómo! ¿El enamorado *para siempre* de una mujer, por muy bonita y muy rusa que fuera? ¡Vamos, hombre...! «Mira, nena, si quieres que de cuando en cuando nos veamos en Grecia, vale, pero eso será todo. Podríamos vernos cada mes unos cuantos días, ¿eh? ¿Qué te parece?».

Ella había aceptado, sin aspavientos. Y así, se habían estado viendo todos los meses en Grecia desde entonces.

Y cada vez, al volver Winston a Londres, se había ido sintiendo más solo y más nostálgico de los ojos, los besos y el cuerpo de Irina Poliakov. Y del sonriente, callado, tranquilo pero volcánico al mismo tiempo amor de la muchacha rusa...

Pues bien: ¡se acabó!

¡Se acabó! Le iba a presentar un ultimátum; se acabó el cuento de todos los meses en Grecia. Todo lo que Irina tenía que hacer era regresar a Londres con él. ¡Pero si era la mar de fácil...! Sólo tenía que casarse en cualquier parte, y nadie podría oponerse a que el súbdito (y espía) británico llevase a su casa de Londres a su esposa. En cuanto a los rusos, ¿qué podían hacer? Pues lo mismo que los británicos: aceptar la jugada de Irina Poliakov y de Winston

Ettinger. Y al que no le gustase, que se mordiese el rabo...

—Señor... ¡Señor!

—¿Eh? —Respingó Ettinger—. ¿Qué..., qué?

—Hemos aterrizado, señor —le sonrió fa linda azafata, no poco desconcertada—; todos los pasajeros han desembarcado ya... ¿Se encuentra usted bien?

—Te lo advierto —la apuntó Winston con un dedo, furiosamente —; nada de discusiones, ni de recordarme que fui yo quien dijo lo de vemos todos los meses en Grecia... ¡Te vienes conmigo, y se acabó! Sí señor, eso es lo que voy a decirle. ¿Qué le parece?

—Pu..., pues yo... Pues...

—¡Es un ultimátum! ¿Está claro?

—Sí... Sí, señor, sí, desde luego...

—Pues eso.

Winston Ettinger abandonó por fin el reactor. Apenas quince minutos más tarde, cuando cumplía los últimos requisitos aduanales, vio ya a Irina, esperándole, haciéndole un alegre saludo con el brazo.

Y cuando estuvo ante ella, sin abrazarla ni besarla, el espía británico masculló:

—Se acabó.

Irina Poliakov palideció.

—Como tú quieras —murmuró.

—Pues eso es lo que quiero: se acabó, estoy harto de todos estos viajes de todos los meses, y de dormir solo, y de no dar pie con bola porque me paso tres semanas lejos de ti. De modo que se acabó: o te vienes conmigo, o... o... ¡Bueno, te vienes conmigo!

—No me dejarán entrar en el Reino Unido de este modo, Winston.

—¡Je! ¡Eso ya lo veremos! ¡Ya veremos si no dejan entrar en casa a mi mujer! ¡Ya lo veremos!

—¿Tenemos que casamos?

—No hay más remedio, nena. ¡Qué le vamos a hacer!

—Bueno —reflexionó Irina Poliakov, que ahora tenía el rostro radiante de alegría—, quizá sea una buena casa para el niño.

—¿Qué niño?

La espía rusa miró enfurruñada al espía británico.

—Escucha, Winston Ettinger, ¿a qué viene esa estúpida sorpresa

después de lo que hemos estado haciendo, desde hace cuatro, todos los meses en Grecia?

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...